

LOS ESPEJOS NO ESCOGEN A QUIÉN MIRAR

MIGUEL ÁNGEL
PÉREZ PIRELA





**LOS ESPEJOS
NO ESCOGEN
A QUIÉN MIRAR**

MIGUEL ÁNGEL PÉREZ PIRELA

Los espejos no escogen a quién mirar, 2022

© Miguel Ángel Pérez Pirela
© FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

COORDINACIÓN EDITORIAL
Carlos Manuel Duque

PORTADA
Rita Soteldo

EDICIÓN Y CORRECCIÓN
María V. Guevara. C.

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
J.R.C.

ISBN: 978-980-253-816-4
DEPÓSITO LEGAL: DC2022001006

Fundarte. Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses
Mezzanina 1, Urb. Santa Teresa. Zona Postal 1010
Distrito Capital, Caracas-Venezuela
Teléfonos: (58-212) 541-70-77 / 542-45-54
www.fundarte.gob.ve

**LOS ESPEJOS
NO ESCOGEN
A QUIÉN MIRAR**

*A Miguel Ángel Pérez Mendoza, papi,
porque sobrevivimos juntos.*

LA LOCA NORIEGA Y SU HIJO SUCIO VESTIDO DE ARLEQUÍN

ARQUEOLOGÍA LITERARIA DEL 11 DE ABRIL DE 2002

Delante del espectáculo catastrófico de un país cuyo modus faciendi es un circular de culpas de mano en mano, delante de un golpe de Estado que, al día de hoy, no tiene verdaderos culpables juzgados, delante del silencio deslumbrante de una mala fe colectiva... el lenguaje histórico, filosófico, sociológico, psicológico, antropológico, etnológico... deja lugar a un lenguaje delirante. El delirio literario surge entonces y, a través de símbolos, se toma la tarea de una descripción de lo real.

Es así como esta narración parte de un lenguaje descriptivo para llegar, irremediabilmente, al delirio. La interpretación de la complejidad de lo ocurrido ese 11 de abril de 2002, de cierto modo, escapa a muchos de los esquemas de descripción y reflexión preestablecidos: el 11 de abril no fue solamente el 11 de abril. Esa fecha es la intersección de un simbolismo político venezolano, por demás complejo, que puede ser descrito solo a partir de categorías irreales, extremas.

Pedro Artiaga, Soledad Noriega y su hijo sucio vestido de arlequín son el paradigma de tal descripción.

Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, "La soledad de América Latina"
Discurso de aceptación del premio Nobel, 1982

Entre el río Jordán y el mar lloran las viudas y los huérfanos, es una antigua costumbre suya, para eso son viudas y huérfanos, para llorar, después todo se reduce a esperar el tiempo de que los niños crezcan y vayan a una guerra nueva, otras viudas y otros huérfanos vendrán a relevarlos, y si mientras tanto han cambiado las modas, si el luto, de blanco, pasó a ser negro, o viceversa, si sobre el pelo, que se arrancaban a manojos, se pone ahora una mantilla bordada, las lágrimas son las mismas, cuando se sienten.

JOSÉ SARAMAGO, *El evangelio según Jesucristo*

PRIMERA PARTE

1

La última vez que vieron a Pedro Artiaga estaba boca arriba con una bandera venezolana que le cubría el rostro y bañado en sangre. A su lado, otro cuerpo inerte y boca abajo, casi sobre él. El último de los cuerpos era un lago de sangre. Sus manos le servían como almohada. De hecho, visto desde lejos parecía alguien que dormía plácidamente en medio de ese bulvar. Pero, ¿quién podía estar durmiendo en ese lugar lleno de gente sudada y sin camisa que protestaba, gritaba, cantaba, pitaba, bailaba, todo al mismo tiempo?

Después que se escuchó el primer disparo los gritos fueron incesantes. A pesar de ello todos se dieron cuenta del silencio desastroso que en realidad existía. Era como si en medio de toda esa gritería la gente no pudiera escuchar ni un solo grito, grosería, piedra o bala persiguiendo quizás qué cosa.

Las cosas pasaron demasiado rápido a partir del primer disparo, porque antes no. Antes las cosas, al parecer fueron lentas, tranquilas, resignadas, preparadas.

Antes todo había sido un buen prefacio de eso que sucedería: el gentío caminaba lento y sudado por entre las calles. La gente marchaba en bloques desordenados pero compactos. Vista desde arriba parecían vacas lentas y mudas. Pero claro está que los helicópteros de los canales de televisión dan siempre una imagen muy poco humana de la realidad.

Desde el helicóptero las tanquetas sacadas por el ejército y regadas por aquí y por allá parecían casitas de palomas, y los policías dándole golpes a los manifestantes parecían amigos adolescentes que jugaban a medir sus fuerzas después del timbre de las diez y media de la mañana.

La hora exacta de todo ese despelote nadie la sabe y no es para menos. Es que el tiempo había desaparecido, se había vuelto una masa etérea y amorfa. Eso siempre sucede en esas situaciones de anarquía y disparos. Nada se sabe con claridad, todo es vago y confuso.

El tiempo en cada uno de esos instantes dilatados se asemejaba al cuerpo de Pedro Artiaga allá, más abajo, en el suelo. Lo que se puede afirmar es que era jueves y además que eran, más o menos, las tres y algo de la tarde.

Por la mañana una marcha había salido, según algunos afirman, protestando eufórica y pacífica contra el gobierno. Poseían un camino bien establecido, sabían a dónde se dirigían. Pero no se sabe a qué altura y por qué motivo cambió su ruta. Ahora se dirigía al palacio presidencial donde desde siempre el gobierno ha reposado el peso inestimable de su poder.

Todos sabían que frente al palacio se congregarían también cientos de personas para apoyar al gobierno y que el encuentro de los dos bandos llevaría simplemente a un despilfarro de sangre, insultos y balas.

Cambiar de ruta quería decir muchas cosas. Pero sobre todo quería decir enfrentar al otro bando, porque, como se sabe, en Venezuela una manifestación es acompañada siempre de una “contramanifestación”, así se le suele llamar.

Cuando la contramanifestación supo que la manifestación cambió de rumbo, como era de esperarse, se atrincheró en una de las vías que daban al palacio de gobierno con la ingenua esperanza de poder impedirle el paso, y para ayudar a la propia causa se armó de gritos, canciones y caras pintadas.

El ambiente, que en realidad no era más que el prólogo de todo lo que vendría, estaba en su punto. Hasta Dios veía desde la lejanía de su cielo a dos grupos desordenados que se acercaban sin más por entre las calles sudadas de Caracas. Ya pocos detalles faltaban para poder predecir con exactitud lo que pasaría.

A pesar de todo, los dos bandos no se encontraron, visto que no se sabe de dónde comenzaron a llover balas. En medio del anarquismo más feroz de un *todos contra todos* venezolano, se escucharon los sonidos secos de disparos que dejaron a la gente como si un ángel hubiera apretado el botón “pause”. Todos los venezolanos quedaron suspendidos: algunos con el puño que casi tocaba la cara de otro, otros con el pedazo amorfo de escupitazos que salían de la propia boca buscando al enemigo político, otros que estaban casi por tirar una piedra. Todos suspendidos sin más en medio de una violencia inescrutable.

Las balas venían de todas partes, de por aquí, pero también de por allá. Algunas eran ciegas e iban en su vuelo inercial buscando al primero que encontrara. Otras balas eran humanas, es decir, con odio personalizado, rostro, nombre, alguien específico a quien donar la noticia inédita de su muerte. De hecho, según afirman muchos, balas como estas persiguieron a sus enemigos por varias cuadras e, incluso, una de ellas entró por entre los pasillos de una casa, salió por la ventana de atrás y llegó hasta el patio donde encontró a su adversario subido en un árbol de un fruto todavía no confirmado.

Según las malas lenguas, ese día los venezolanos salieron a defender sus causas políticas. Es de creerse entonces que también Pedro Artiaga defendió las suyas. Pero el hecho está en que sobre las causas políticas de Pedro Artiaga, hasta este momento, existen muchas perplejidades.

Los vecinos del lado izquierdo de su rancho afirman que él era un revolucionario. Los vecinos del lado derecho sostienen que, sin lugar a dudas, Pedro Artiaga hacía parte del partido antiguamente en el poder. Los vecinos de enfrente de su rancho dicen haber escuchado de la boca de Pedro que prefería no meterse en cuestiones políticas, que la política es como los restaurantes chinos: a todos les gusta, pero nadie quiere meterse en la cocina.

Según las informaciones, Pedro Artiaga cayó en la avenida Baralt, cerca de la esquina de Pedrera. Después de que él cayó, todo el planeta tuvo que ver con su muerte.

2

A la que sí vieron sentada sobre una acera, empapada de tantas lágrimas, fue a Soledad Noriega. Estaba en plena avenida Baralt, paralizando con su tristeza y su llanto a los manifestantes. Mientras todos, todavía sin comprender, corrían de aquí para allá buscando reparo contra la violencia generalizada y las balas dementes, Soledad Noriega no se movía de su letargo al ver a Pedro delirante de un delirio mortal.

Según cuentan los muchachos del barrio, fue Soledad quien le colocó la bandera sobre el rostro porque, como todos saben, al rostro de Pedro Artiaga muy pocos lo lograron ver. En los diarios del mundo solo se pudo notar la imagen de un muerto, al cual llamaban, con una obviedad que rayaba en el sarcasmo, “manifestante muerto”.

Pedro Artiaga yacía en una de las avenidas de la capital venezolana con una bandera que lo cubría.

También se dice que fue Soledad Noriega la que alejó a esa gente que rodeaba a Pedro como si fuera una fogata. Gente, mucha gente que, cuando las cosas se calmaron, daban esquizofrénicamente vueltas y vueltas entre saltos, gritos e insultos contra no se sabe quién alrededor del cuerpo de Pedro Artiaga. Gente que insultaba, cantaba, gritaba: “él es Venezuela, cobardes, vengan pa’ cá, vengan a jodernos pero como hombres, no como bestias, hijo e’ putas”.

La verdad es que ni la misma Soledad Noriega sabía si estaba de acuerdo con todos esos insultos y provocaciones contra quizás quién. Pero eso no impidió que, en medio de un arrebato maternal, luchara con sus fuerzas de mujer preñada contra todos esos hombres que no dejaban respirar la muerte de Pedro. Ella sola y sin saber por qué dejó libre al muerto para que pudiera reposar con más calma o, tal vez, para que pudiera apreciar, con sus ojos difuntos abiertos mirando el cielo, la claridad del jueves de su muerte.

Soledad Noriega conocía al muerto desde hacía mucho tiempo. Ella fue algo así como su amante de toda la vida. Crecieron juntos en ese barrio copeyano y como por cosas del destino, o como sucede siempre con los amores de la niñez, se gustaron la primera vez y para siempre.

Eran vecinos y la vecindad entera concebía, apoyaba y custodiaba directa o indirectamente la relación de esos dos niños, que después de poco tiempo, ya eran dos adolescentes llenos de hormonas suicidas y descabelladas. Decimos suicidas porque los dos mozos estaban siempre bajo el peligro latente del padre de Soledad. Él era un verdadero macho de dos metros de altura, de piel oscura y, según decían, exguerrillero colombiano.

El padre de Soledad para el momento de su adolescencia no vivía en su casa por un simple motivo: nunca reconoció a esa familia. La madre de Soledad siempre fue la amante predilecta y formal del señor, pero amante al fin. Claro está, que eso nunca impidió que el señor le diera el apellido a Soledad, la fuera a visitar una vez al día y la celara como se puede celar la única obstinada razón por la cual se continúa respirando.

Más de una vez el señor Noriega estuvo a punto de descubrirlos en sus citas furtivas debajo de la cama de su madre. Es cierto que el lugar es por lo demás improvisado y extraño para un encuentro de novios adolescentes.

La idea de verse ahí nació un día en el que el señor Noriega entró a una hora inédita y la madre de Soledad, alcahueta como era, escondió a Pedro en el único lugar al que le estaba prohibido al señor Noriega penetrar. Después de la última pelea de años atrás, con la que los dos cuerpos se separaron, la cama de la madre se transformó en una especie de tabú para el señor Noriega. Además la cama, por ser un lugar oscuro y escondido, cumplía con todos los requisitos que llevaron a esos novios a decretarlo lugar de encuentros diurnos.

Ahí esas dos bestias adolescentes, enanas y sudadas se intercambiaban todos los líquidos imaginables entre mediodías y vidas familiares: nadie se daba cuenta de que ellos estaban allá, debajo de la cama materna. Pedro y Soledad amaban ese lugar y muchas veces, en vez de ir al liceo, se quedaban ahí

enrollados entre el calor infernal y una humedad de saliva, líquidos vaginales, esperma y sudor que los excitaba todavía más.

Los profesores del liceo del barrio hacían también parte de la interminable lista de cómplices de esa relación. Así que cuando faltaban los dos, no había problema. Los problemas surgían cuando era Pedro Artiaga el que faltaba, visto que él nunca se la llevó muy bien con los estudios. Si no hubiera sido por Soledad, una genio de las letras, los números y todo lo que fueran libros, quizás ni siquiera el liceo hubiera terminado Pedro.

Ella sí que podía faltar, cuantas veces quisiera, visto que muchacha más inteligente nadie había visto pasar por ese barrio de casas de lata. Era tan inteligente esa joven que los domingos, después de la misa de las doce, la dejaban jugar dominó con los adultos del barrio y ella, entre cuentas matemáticas y sonrisas líricas que desconcentraban a los hombres, les quitaba el sueldo de la semana.

Fue por esa inteligencia despiadada que Soledad, al contrario de Pedro Artiaga, continuó los estudios. Ella se inscribió en la universidad y logró graduarse de periodista en poco tiempo y con las mejores notas de la facultad. De hecho, ese jueves 11 de abril ella estaba cubriendo los eventos de las manifestaciones como pasante de uno de los periódicos más importantes de la capital. Por ese motivo en muchas fotos del difunto Pedro Artiaga tirado con una bandera sobre el rostro, se ve una periodista con gran sentido de la patria, que fue la que le colocó la bandera y lo lloró en medio de las balas. Muchos hablaban de ese gesto como la manifestación más tácita, explícita e inequívoca de que, contrariamente a lo que piensa el gobierno, los periodistas venezolanos son gente del pueblo, son nuestros, lloran a nuestros caídos.

En estos últimos tiempos Pedro y Soledad se habían separado un poco, y no solamente a causa de ellos mismos. Había tantas causas que ejercían el trabajo de efectos y tantos efectos que se creían causas, que el efecto último fue una confusión social y sentimental de magnitud tal, que terminó por separarlos lentamente, como quien baja borracho las infinitas escaleras del cerro del barrio donde vivían.

En ese barrio habían dos tipos de personas: las que piensan que Soledad era el orgullo de la comunidad; “ahí está, ya salió de esta miseria, se graduó y encontró un buen trabajo”. Entre este tipo de personas está el gordo Elieser. Y los que piensan que “esa malagradecida ni por aquí pasa desde que es importante, como que le da vergüenza el barrio”. Mario representa esa clase de personas. Lo cierto es que ni los unos, ni los otros dan verdaderamente con el malestar social que embriaga a Soledad y su relación con Pedro.

El problema de Soledad es sobre todo un problema de tiempo. Desde que encontró trabajo como pasante en ese periódico, no tiene ni un instante para ver a ese que, según todo el barrio, sería su futuro esposo.

El problema de Pedro era también simple: una mala interpretación de ese poco tiempo que ella le dedicaba. Él, determinado por Elieser y Mario, se hizo una hermenéutica muy particular de los hechos: “ella salió de abajo, triunfó en la vida” (Elieser) y “ahora no se acuerda de los que aquí dejó” (Mario).

Su tesis era apoyada por los hechos que comenzaron a surgir después de las protestas en un barrio conocido de Caracas: la fuerza que estaba tomando la oposición, la conversación telefónica en la cual un expresidente, Cornelio Asdrúbal Puentes, hablaba de una conspiración política, los problemas existentes en el seno de los altos cargos de la empresa petrolera, la extraña unión de los patrones venezolanos con el mayor sindicato del país, la oposición de los medios de comunicación, los rumores de golpe de Estado, la crisis petrolera internacional. Todas esas causas y efectos hicieron que Soledad Noriega estuviera todo el día redactando, grabando, entrevistando, trabajando de aquí para allá en medio de una avalancha de verdades y mentiras, que de tanto desmentirse ya se habían transformado en una sola verdad grande, transparente, irrevocable. Por esa verdad y contra esa verdad Soledad estuvo todo el tiempo ocupada y el tiempo, que no siempre ayuda, se fue desmembrando hasta que por fin le hizo darse cuenta de la soledad de Pedro Artiaga.

La tesis de Pedro era ridícula visto que la nueva situación social y económica tenía poco o nada que ver en la relación de ellos. Pero ni siquiera culpa de él era. Él fue educado de esa forma: viendo desde la altura de su cerro cómo los de abajo comían, bebían y viajaban más que él. Así como los de abajo veían cómo los de arriba, los de los ranchos, bajaban a robarles. Aunque las cosas no fuesen tan radicales, ya era muy tarde para realizar el milagro exorbitante de hacer cambiar de parecer, tanto a los de arriba, como a los de abajo.

También los sentimientos jugaron un rol primordial en toda esta confusión social, económica y política, y Pedro Artiaga se fue llenando poco a poco de un odio áspero, malsano. Es bien sabido por todos que el límite entre el amor y el odio es tan leve y enano, como el existente entre el odio y el amor. Sabemos también que Pedro Artiaga no veía a Soledad desde hacía algunos meses y que, por lo tanto, ella tampoco lo veía a él. Claro está, eso no quería decir que no se extrañaran. El amor vestido de odio y diferencias sociales estaba ahí por sobre todas las cosas. Ese no se movía por nada del mundo. Ni siquiera porque Soledad Noriega tuviera un mes de embarazo y el bebé no fuera de Pedro Artiaga; ni siquiera por el hecho de que Pedro no lo supiera y, pensándolo bien, tal vez por ese motivo bajó ese funesto 11 de abril a protestar, no se sabe por quién, ni contra quién. Si Pedro lo hubiera sabido no hubiera bajado ningún jueves, ni viernes, ni lunes imaginable. No hubiera hecho ni revoluciones, ni contrarrevoluciones. Se hubiera quedado bien encerrado cuidando a su bebé. Porque todos sabemos lo que Pedro Artiaga hubiera dicho de ese bebé que no era suyo: “no importa qué toro la haya preñado, si la vaca es de uno, el becerrito también”.

3

Se terminó de peinar y bajó una por una las escaleras del cerro en donde vivía. Bajó las escaleras contándolas como quien cuenta quizás qué cosa. Se dirigió hacia el Parque del Este y ahí, entre gritos y pitos, se metió en medio del gentío.

El porqué de esa huelga, además del descontento del pueblo venezolano, de Pedro y de quien quisiera meterse en la lista de descontentos, estaba, sobre todo, en que la muerte de Pedro Artiaga era ya conocida por muchas personas en todo el planeta a través de desabridos titulares, en todos los idiomas de la tierra. A pesar de que la bala que mató a Pedro no fuera una bala disparada contra Pedro Artiaga, desde el momento en que fue disparada llevaba consigo una predeterminación deslumbrante.

Ya el 7 de abril un periódico francés realizaba hipótesis sobre economía petrolera en las que, lo quisiera o no, estaba discutiendo sobre la pobre vida pobre de Pedro Artiaga.

Pedro Artiaga no conocía al enviado en New York de ese periódico y seguramente el periodista tampoco lo conocía, pero cuando este expresaba, en un francés elocuente, la preocupación de Estados Unidos por la decisión de Bagdad de cesar inmediatamente las exportaciones de petróleo a ese país, estaba, queriéndolo o no, expresándose sobre la vida, o mejor, sobre la muerte de Pedro.

Hemos de aclarar que Pedro Artiaga nunca ha hecho parte de ningún organismo o institución nacional o internacional que tenga relación con el petróleo. Lo único que Pedro Artiaga conoce de ese mineral, es que se extrae por todas partes cerca de la casa natal de su compadre Eriberto, apodado El Maracucho. Al máximo Pedro se preocupa en ocasiones por el precio de uno de los derivados del petróleo, la gasolina, visto que Pedro posee una moto, una Honda 1954.

Pero Pedro pocas veces habla de la gasolina. Otrora se enorgullecía de afirmar que en Venezuela la gasolina era más

económica que el agua mineral. Pero últimamente hasta de eso se había olvidado.

De hecho, lo único que tiene que ver ese artículo francés con Pedro es la palabra “Venezuela” repetida unas cuantas veces, y también la palabra “venezolano” seguida del nombre “Asdrúbal Romero”. Pero Pedro no sabía ni que la palabra “Venezuela” estaba escrita en ese artículo, ni que el señor “Asdrúbal Romero” era el secretario venezolano de la OPEP, y mucho menos que él mismo estuviera de gira de negocios por Francia. Y es que no lo podía saber, porque Pedro no compraba periódicos en general y mucho menos periódicos franceses. De Francia sabía solo que un primo de su cuñado había ido ahí sin papeles a trabajar y se había casado con una francesa, que en realidad terminó siendo una uruguaya con apellido alemán.

Pero a pesar de todo, ese artículo hablaba de Pedro Artiaga: una cierta Doudet Legater, analista económica, sostuvo que países como Arabia Saudita, Rusia, Nigeria y Venezuela podrían compensar todas las fallas de Irak e Irán, y el autor de ese artículo, un cierto Marcel Lejeune, afirmó que Venezuela y México son dos de los principales exportadores de petróleo de Estados Unidos, por lo cual sus posiciones serían primordiales en el equilibrio mundial de esos días.

Sin mucho esfuerzo el artículo parece querer decir que Irán e Irak no le venderán más petróleo a los amigos de Israel como protesta contra lo que se le estaba haciendo a Palestina, que Estados Unidos es uno de los principales afectados, que Venezuela es uno de los principales vendedores de petróleo del susodicho país afectado y que, por ende, Venezuela surge como uno de los protagonistas de eso que puede ser una crisis internacional. A todo esto se suma una guerra política sin tregua al interior de Venezuela que ve como protagonistas al presidente y las cabezas de la compañía nacional de petróleo, Petróleos de Venezuela, S.A.

Pedro Artiaga entra en este sin fin de causas y efectos movidos cuando el 7 de abril su presidente anuncia la destitución de siete altos ejecutivos de Petróleos de Venezuela, S.A., a razón del conflicto que mantienen con la dirección nombrada por el gobierno desde el 16 de marzo.

Es un día más tarde, el 8 de abril, cuando Pedro Artiaga después de bañarse con medio balde de agua, porque ese día no era día de agua en el barrio, escucha en las noticias un llamado a todas aquellas personas que participaron en la manifestación del 23 de enero pasado a salir una vez más a la calle. El porqué no estaba bien especificado, pero como Pedro estaba simplemente descontento, el único por qué que escuchó fue el del su *por qué no ir*.

Se terminó de peinar y bajó una por una las escaleras del cerro en donde vivía. Bajó las escaleras contándolas como quien cuenta quizás qué cosa. Se dirigió hacia el Parque del Este y ahí, entre gritos y pitos, se metió en medio del gentío.

El porqué de esa huelga, además del descontento del pueblo venezolano, de Pedro y de quien quisiera meterse en la lista de descontentos, estaba, sobre todo, en el descontento de los altos ejecutivos de Petróleos de Venezuela, S.A. Pero eso no lo entendió muy bien Pedro, tal vez por el calor y la gritería, o quizás por estar contando los escalones de la gigantesca escalera improvisada de su cerro.

Para muchos el hecho que Fedecámaras, la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela, se sumara a la huelga de la élite del petróleo, quería decir que por fin los ricos se despertaron y se pusieron a cuidar los intereses democráticos del país, que finalmente esos multimillonarios que habían tenido el control económico por años y años habían dejado sus viajes, cuentas extranjeras y mansiones del este de la capital para interesarse por el destino político del país. Otros criticaban duramente la intromisión de los magnates diciendo que desde cuándo se ponen zamuros a cuidar carne. Lo cierto es que Pedro Artiaga no pensó en nada de eso cuando bajó a Parque del Este a manifestar.

Bajó casi por inercia, por cansancio. Bajó porque el 23 de enero también había bajado y sinceramente se había sentido un poco héroe, porque como él sostenía “con tanto héroe que había en Venezuela en el siglo pasado, ni uno quedó, ni uno solito”, y salir pa’ llá, pa’ bajo, a él lo hacía sentir héroe, como un héroe.

Claro está que el 23 de enero cuando bajó a manifestar contra el gobierno lo hizo casi obligado por su compadre Elieser, un obrero obeso de sesenta años que no se podía mover, por un accidente de trabajo que había tenido algunos meses atrás, y que desde hacía días molestaba a su compadre para que se le uniera a eso que él llamaba “los ricos, que los tiempos son otros, que esos bichos cambiaron y que si están protestando es por algo, compadre”.

No fue Elieser quien lo convenció.

Más o menos al inicio del año, después de las interminables fiestas navideñas, su madre había cumplido años de muerta y Pedro Artiaga había decidido ir al cementerio a rezarle sus tres avemarías y sus dos padrenuestros anuales, y ya que estaba ahí aprovechó para hablar de la dura situación política del país con ella. Fue una conversación larga, como se lo diría a Elieser ese mismo día en la noche, y ella le recordó que “la religión y la política no se pueden separar, que no le pare bola a ese guerrillero del presidente, que te pongas a rezar mijito, que vayas a visitar a la señora Eleonora, que ella te va a decir qué hacer”.

Pues donde la señora Eleonora fue a dar al otro día Pedro. Era más o menos el 10 quizá 11 de enero. Eleonora era una viejecita, presidenta de la comunidad de vecinos del barrio de Pedro Artiaga durante el tiempo en que AD y Copei es decir, el partido social democrático y cristiano democrático, se turnaban el poder cada cinco años. Era una cristiana absolutista que en ocasiones pensaba que Copei era algo así como una comunidad de enviados del cielo a ayudar a Venezuela, y como era tan buena esa señora, nadie se lo ponía en duda en el barrio. La señora Eleonora conseguía todos los votos de su barrio para Copei durante las elecciones. Era de una eficacia política inigualable, no obstante ni ella misma sabía qué era eso de las elecciones nacionales, ni para quién eran esos votos. Para ella la política y Copei era algo así como el comité político-religioso de su barrio. Ahí se le terminaba a Eleonora su política.

Pedro Artiaga supo al otro día que Eleonora había muerto, pero pudo hablar con su hija Eleonorita María, que sin dudarlo le dio una lección de política actual, partiendo de los últimos

designios políticos de la difunta madre. La vieja Eleonora, que había muerto hacía ya casi un año atrás, en medio del sueño y, según dicen, peleando con los nuevos dirigentes del barrio:

—Esos comunistas, guerrilleros que solo saben pelear con quien sea sin hacer nada por el barrio, ni rezar saben esos.

La hija estuvo hablando más o menos cuatro horas sin respirar y Pedro ahí, que la seguía con una atención de loro viejo, un cafecito frío y tanto sudor. A los ojos de Pedro el argumento más contundente que Eleonorita María utilizó fue el de los medios de comunicación. Era un argumento fuerte, no tanto por el contenido, cuanto por la determinación con que ella lo expresó:

—Ese comunista del presidente ni mirar la novela nos deja, se la mantiene hablando de sus ministros viejos, sus viajes y su familia... como si a nosotros nos interesaran sus trapos sucios... los trapos sucios se lavan en casa.

Eleonorita esperó unos instantes como quien reflexiona y después dijo:

—... y de Fidel, imagínate, no nos deja ver las novelas por estar hablando de ese barbudo. No mijo, hay que sacarlo de aquí.

En todo eso estaba pensando Pedro Artiaga cuando tomó la avenida Baralt. Todo eso le vino de forma tempestiva en el recuerdo. Sobre todo la palabra “barbudo” pronunciada por Eleonorita, “ese barbudo”, así dijo ella. Pedro sonreía triste mientras recordaba y caminaba.

4

Soledad Noriega, después de la muerte de Pedro Artiaga, siguió trabajando tan duro como antes, pero con un poco más de responsabilidad. Pedro ahí tirado le había hecho sentir algo nunca antes sentido. Se había sentido, de repente, viuda. Pero cómo pudo sentirse viuda, si desde hace meses no se veían. Sentía además que el hijo que estaba ahí adentro era de Pedro. Pero cómo pudo ser de Pedro, mujer, si desde hace meses no había existido el mínimo tacto.

Las respuestas a todas esas preguntas se las dio Soledad a la Virgen del Socorro varios días después:

—Virgencita, si tú saliste embarazada de uno que no era tu hombre, por qué yo no podría. Este bebé, virgencita, es de él, su padre se murió, amén.

Como bien sabemos ese amén y todos los otros quieren decir “así sea” y, de hecho, así fue. A partir de ese momento el padre del niño era el difunto Pedro, quien con su muerte cambió muchas cosas, incluso en la redacción del periódico donde trabajaba Soledad.

Antes de la muerte de Pedro las ganas de Soledad por salir de abajo (económicamente, claro está porque como todos sabemos, ella siempre vivió arriba, en los cerros), la hacían omitir algunas noticias, o modificar ínfimamente otras, según fueran las órdenes del director. Claro está que no era algo grave, ni mucho menos trascendental. Era simplemente un poco de obediencia de una principiante para con sus superiores, que bien sabían lo que hacían. Además el director del periódico no se cansaba de repetir una frase que sin duda, consciente o inconscientemente, determinaba las acciones de Soledad: “no se debe morder la mano que te da de comer”. Pues bien, después de la muerte de Pedro, esa obediencia le costaba demasiado a esa pasante viuda.

Fue tanto el dolor que le produjo ese Pedro, que ya no era su Pedro, que en esos momentos críticos Soledad Noriega dejó todas sus responsabilidades periodísticas y estuvo en

el cementerio contándole a la madre de Pedro todo lo que estaba sucediendo:

—¿Cómo está señora? Han pasado muchas cosas en estos últimos tiempos. Bueno, yo estoy por graduarme y me dieron las pasantías en un periódico muy importante. Ahora estoy cubriendo noticias de primera página. Estoy en muchos lugares con gente muy diferente. En el Medio Oriente sigue la guerra, Venezuela está en llamas, le dieron un golpe de Estado al presidente, un hombre de negocios tomó el poder y abolió la Constitución gracias al apoyo de algunos generales, los venezolanos se están disparado entre ellos, todos están diciendo hoy exactamente lo contrario que decían ayer, todos se dicen demócratas, todos se acusan de dictadores, los que ayer arrestaron hoy son arrestados, nadie dice nada pero todos dicen lo contrario y bueno... su hijo está muerto. Sí, señora Artiaga, tómelo con calma. Sé que es difícil, para todos es difícil. Cayó en la avenida Baralt, cerca del Centro Comercial. Bueno, ahora todos hablan de él señora Artiaga, no se preocupe. Tanto el gobierno que se autoproclamó como el que cayó, dicen que van a pagar todos los servicios fúnebres. No llore, señora, que hay que ser fuerte y además los muertos no lloran. No llore, señora, que me pongo a llorar yo también. No se asuste por los disparos que se escuchan, las cosas se están arreglando, verás, todo saldrá bien. Además, no todo es odio mi doña, también le traigo buenas nuevas: pues estoy preñada, doña. Señora Artiaga, Pedro me dejó un muchacho y se lo traigo para que lo vea. Está aquí adentro esperando que todo se solucione en el país para salir.

El viernes no salió el periódico, pero el sábado sí y traía toda la información del jueves, día del golpe de Estado.

Soledad trabajó solo en algunas de las noticias, trabajó a medio andar, no estaba segura si lo que estaba escribiendo era democrático o no. Ella sabía muy bien que no era mala fe de su parte, sabía que había algo que no iba en todas esas informaciones que no se atrevían a hablar de un golpe de Estado, que no querían llamar las cosas por su nombre. Ella tenía la intuición escandalosa de que había demasiada tranquilidad política. No terminaba de entender cómo personas al improviso

se elegían a sí mismos presidentes, ministros, directores de la policía, pero al mismo tiempo la asustaba la idea de que en su país ya no estuvieran más en democracia. No entendía muy bien cómo durante ese jueves la mala fe fuera colectiva. Tal vez era ese el motivo por el cual leía y releía las noticias que dentro de poco serían publicadas, noticias como esta:

El señor Carlos Esvolto, gerente empresarial de años y años de éxitos, anunció ayer el nuevo poder constituido en medio de una ovación espectacular por parte de todos aquellos que tuvieron la oportunidad de participar en el importante evento de su proclamación presidencial. Entre los presentes destacan generales, sindicalistas, empresarios seguidores suyos, directivos de los medios de comunicación y el cardenal venezolano. El nuevo presidente del país tuvo que hacer esfuerzos para poder comenzar su discurso democrático y unificador, visto los innumerables “te queremos Carlitos, te amamos Carlitos, ¡ni un paso atrás Carlitos! ¡Ni un paso atrás!” Según afirman los más dotados observadores políticos estadounidenses, el multimillonario empresario Carlos Esvolto toma el poder después de infelices intentos por hacer comprender al ahora expresidente, que ni los empresarios, ni los directivos de medios de comunicación, ni la sociedad civil lo soportaban más. A su llegada al poder, Carlos Esvolto lleva a cabo de forma súbita la anulación de la Constitución existente, del nombre de la república, del sabor del coco venezolano, de la forma de leer el periódico de los costeños, de la mirada de los chivos de Falcón y de todo lo que se pudiera convertir en una amenaza contra este nuevo proceso de exitosos cambios en el país. Venezuela está viviendo un nuevo momento, señoras y señores, y lo único que se le pide democráticamente a todos es no oponerse.

De frente a noticias como esta lo único que trató de hacer Soledad fue escribir las palabras “golpe de Estado” por todas partes y de forma escondida para no tener problemas con su director. Quería llegar a eso que los psicoanalistas judíos alemanes llaman el “subconsciente” de los venezolanos, tal vez como última tentativa desesperada para cambiar algo durante ese extraño jueves de abril. Pretendía simplemente llamar las cosas por su nombre en un ambiente de nominalismos febriles y máscaras napolitanas con rasgos dictatoriales.

De hecho, los venezolanos durante esos días habían cambiado de tono y forma de vida, transformando el ambiente en una cacería de brujas y una sospecha feroz, comparable a la que vivió el renacimiento florentino con el gobierno de Savonarola, cuando incluso en las alcobas de las casas habían huecos para que los del Vaticano pudiera escrutar si las relaciones sexuales se estaban haciendo como se debían: en posición de misionero.

Muchos de los venezolanos se perseguían entre sí, buscando cobrarle viejas heridas a los vecinos, deudas no pagadas o resentimientos milenarios de quizás qué hija preñada o marido traicionado. Lo político y lo íntimo se entrelazaban en medio de acusaciones que tocaban la inmoralidad de unos, la falta de fe de otros e incluso la vida sexual de algunos.

Los venezolanos para ese entonces se habían conformado en grupos desmedidos y fugaces que sacaban a la luz pública las amantes de los ministros salientes, las deudas personales de los parlamentarios, las borracheras de adolescencia de los gobernadores derrocados, los eructos de los bedeles del palacio de gobierno. “¡Aquí está! ¡Agárrenlo! ¡Yo lo vi con su amante!” Los policías venían a buscar entonces a los del gobierno saliente y la gente les pegaba y los insultaba en medio del himno nacional cantado por los del nuevo gobierno improvisado. Mientras los sacaban de sus casas, algunos hacían salir a flote, en medio de gritos enojados y vengativos, las debilidades éticas del arrestado, llevando a cabo la unión agridulce de la política con el qué dirán, de los artículos periodísticos con los textos de la Constitución.

En el país reinaba un ambiente beato, intacto, virginal, inquisidor. Algunos de repente se transformaron en rígidos observadores de preceptos morales inéditos en ese calor caribeño, otros en arduos interpretadores e improvisadores del texto constitucional. En ese ambiente reinaba no obstante el extraño y rojizo sentimiento escondido de un país que, a pesar de todo, ya veía como algo del pasado los presos políticos, desaparecidos, allanamientos al Congreso Nacional y encarcelamientos por fallas íntimas.

Soledad no sabía qué pensar. Estaba consciente que colocar esas tres palabras, “golpe de Estado”, regadas por aquí y por allá en el periódico, no equilibraba para nada el peso desmedido de todos los medios de comunicación en manos de quienes habían llevado a cabo el golpe. ¿Qué podía hacer esa periodista viuda y preñada? Además, no estaba para nada segura de querer apoyar al gobierno derrocado. No sabía qué hacer.

En la arquitectura de su recuerdo estaba todavía fresca la imagen de Pedro mirando fijamente el cielo por entre la bandera, y en su vientre el corazón del hijo adoptivo de ese muerto palpitaba velozmente como quien teme y desespera. Es que, según eso que sintió Soledad, en ese artículo había demasiadas palabras y actos difíciles de conciliar. En lo más profundo de su recuerdo por Pedro y de su experiencia como periodista, algunas de las palabras de ese artículo le daban una alegría y un miedo vertiginoso, que se resolvían sin más en una pasividad de animal sacrificado, dispuesto a aguantar cualquier dolor con tal de morir rápido.

Ella tal vez no quería recordar ese artículo leído innumerables veces antes de su publicación definitiva, pero es que esas palabras y frases estaban ahí, latiendo ellas también, dentro de su enojo existencial:

... “te queremos Carlitos, te amamos Carlitos”, el señor Carlos Esvelto, gerente empresarial de años y años de éxitos, “¡ni un paso atrás Carlitos! ¡Ni un paso atrás!”, observadores políticos estadounidenses, anunció ayer el nuevo poder constituido en medio de una ovación

espectacular, directivos de los medios de comunicación y el cardenal venezolano, discurso democrático y unificador, pide democráticamente, su proclamación presidencial, ahora expresidente, empresario Carlos Esvelto toma el poder, este nuevo proceso de exitosos cambios en el país, anulación de la Constitución existente, “te queremos Carlitos, te amamos Carlitos, ni un paso atrás”, observadores políticos estadounidenses, anunció ayer el nuevo poder constituido, “te queremos Carlitos, te amamos Carlitos...”

Tras la repetición psicótica en su memoria de ese artículo ya publicado, el agua de los sentimientos de Soledad no soportó más y salió, primero en riachuelos inminentes, y más tarde en obesas gotas ácidas, que le dejó la mente en blanco y un cigarro en la boca. A ella, que estaba preñada.

5

Elieser ese jueves estaba celebrando como el que más. Había sacado su botella de whisky barato de las grandes celebraciones y la bebía al lado de su esposa y sus hijos.

Comentaba con alegría las noticias del inminente éxito de la caída del presidente, mientras mandó a su hijo, el mayor, a buscar la pistola debajo del colchón para echar tres buenos tiros al aire: “hoy es un gran día, negra”, no se cansaba de repetir, “hoy es un gran día”.

Por medio de la televisión internacional le llegaban las primeras noticias de la fiesta colosal de los venezolanos y los anticastristas en Miami.

Él se les unía con gritos y saltos. Elieser, junto a los venezolanos mayameros, gritaba lo que hasta ese momento gritaban quienes estaban reunidos en la proclamación del nuevo presidente, en el palacio de gobierno: “¡Ni un paso atrás! ¡Ni un paso atrás, negrita, vente pa’ cá negra que hoy tú no eres cachifa”, y mandaba al menor de los muchachos a que le trajera hielo, a que le llenara el vaso, a que viniera a ver a sus compatriotas en Miami.

En ese momento CNN transmitía la entrevista al expresidente venezolano de diez años atrás Cornelio Asdrúbal Puentes, que para entonces había sido pedido en extradición por el gobierno apenas destituido a causa de actos de corrupción babilónicos, y que además había sido uno de los autores del golpe de ese día. Elieser escuchó con satisfacción las palabras de

... ese bicho que nos robó, pero que se lo perdonamos, hoy lo perdonamos todo, negrita, hoy todo vuelve a la normalidad, sacamos a esos comunistas, negra bella, basta de cubanos, basta de discursos de horas y horas de ese comunista, normalidad, negra mía, normalidad.

En ese momento Cornelio Asdrúbal Puentes afirmaba con satisfacción que ya estaba haciendo las maletas para regresar a contribuir con el nuevo tiempo que estaba viviendo el país. Elieser a pesar de que a “ese bicho”, como decía él, no lo quería, le decía por entre la pantalla de la televisión,

Sí, bicho, regresa, nosotros los venezolanos te perdonamos, nosotros te perdonaremos, claro, no nos pidas que te elijamos por tercera vez, pero pa' cá te puedes venir, Venezuela es grande, aquí te perdonamos, aquí cabemos todos, ¿verdad, negra, verdad que aquí se le perdona?

Y se bebía otro trago de whisky con hielo, arrugaba la cara y seguía con los ojos fijos en la pantalla. Todos estaban celebrando, allá en Miami, y ya algunos venezolanos en Venezuela comenzaban a festejar, ellos también.

Elieser estaba escuchando contento desde el cerro los pitos y festejos de allá abajo, cuando Carmelita, la de más arriba, entró nerviosa a la casa de Elieser.

—¿Qué te pasa, mujer?, tómate un traguito. —Ella no le respondió. Lo miró como si hubiera sido de él la culpa, mientras le decía:

—Nos lo mataron, Elieser, nos lo mataron.

Elieser le respondió riendo, ya un poco borracho,

—¿Qué te pasa mujer, te mataron a tu presidente?

Ella ni le respondió y prefirió irse sin decirle nada. Un instante más tarde, llegó el mayor de los hijos con la pistola en la mano todavía caliente de los disparos al aire y con el rostro helado le dijo a Elieser:

—Papá, mataron a Pedrito.

Todos en la casa se quedaron callados y solo se escuchó en el fondo la voz de Cornelio Asdrúbal Puentes, exultando y anunciando su regreso al país.

Elieser se quedó taciturno en su lugar, en su sillón. El único lugar que podía soportar tanta tristeza junta, tanto peso, tanta fiesta de allá afuera. Súbitamente mandó a apagar esa televisión del carajo, “que estamos de luto en esta casa”. Pero cómo

se podía estar de luto en esos momentos de fiesta nacional. Ni el luto, ni las celebraciones de allá abajo, parecían poseer en ese momento sentido para Elieser. El luto y las celebraciones se le anulaban entre sí, dejándolos en el limbo.

Mientras tanto el nuevo gobierno continuaba convocando gente al palacio presidencial. La mayoría de los convocados eran empresarios, ganaderos, alta burguesía. También estaban presentes los viejos dirigentes de los partidos políticos que otrora habían tenido el poder, a quienes el presidente derrocado había vencido en las elecciones, y que ahora regresaban triunfantes a retomar sus puestos.

El presidente de la asociación de gobernadores, que apoyaba al nuevo gobierno apenas instituido, en un arrebato de inspiración política o, tal vez, poniendo en práctica una decisión alevisa, afirmó que los gobernadores electos conservarían sus puestos hasta las próximas votaciones, a menos que se pusieran al margen de la ley, al no reconocer el “gobierno de transición”.

Colocarse al margen de la ley era una acción por demás fácil de realizar, visto que muy pocos venezolanos habían entendido de qué ley se trataba: los medios de comunicación, el empresario y nuevo presidente, Carlos Esvelto, una parte del país, el este de la capital, Estados Unidos, la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional, anunciaban que democráticamente el pueblo venezolano había hecho renunciar al presidente; mientras que en la otra Venezuela, el presidente derrocado, es decir, en el oeste de la capital, muchos defensores de los derechos humanos, Cuba y la mayoría de los países del sur del mundo afirmaban lo contrario.

Al mismo tiempo se decía todo y su contrario. Acusaciones inéditas salieron a flote contra el presidente derrocado. Un analista estadounidense afirmaba que la comunidad internacional emprendería acciones contra el presidente depuesto, si los organismos judiciales venezolanos dudaban en juzgarlo por los hechos de violencia que precedieron su salida del poder.

Un exfiscal general venezolano de la oposición, ahora en el poder, había planteado que, ni siquiera la renuncia del

presidente, debía impedir su enjuiciamiento penal por los hechos de corrupción que se habían cometido durante su mandato. Pero otro de los opositores pasó todos los límites de acusación, afirmando que estaría incurso en, por lo menos, dos delitos de lesa humanidad: ataque a una población civil indefensa y persecución de un sector de la población por motivos políticos. Tal vez fue por este motivo que uno de los representantes del partido del expresidente acusado por corrupción que se encontraba en Miami, Cornelio Asdrúbal Puentes, formuló la acusación de las acusaciones contra el presidente derrocado: “él era un genocida”.

Mientras todas estas personas dirigían las acusaciones más graves contra el gobierno caído y sus allegados, también estos últimos, de forma desesperada y caótica, acusaban a los recién llegados, diciendo que lo sucedido no era más que un golpe de Estado. Se denunciaba la desaparición del presidente derrocado, su secuestro inminente. Diversos venezolanos señalaron ante organismos internacionales la persecución política contra los funcionarios públicos elegidos.

El ambiente que se vivía era extraño. Los venezolanos se acusaban entre sí delante de las autoridades del gobierno actual o del derrocado, según la propia concepción desesperada de quien poseía en ese momento el poder. La palabra “dictadura” daba vueltas sobre el cielo asoleado, se devolvía, llegaba hasta la costa caribeña, pasaba por entre la cordillera y, al parecer, se quedaba arriba, intacta, potente, allá arriba, como observando qué pasaría.

Los canales de televisión pasaban películas famosas y desconcertantes, comiquitas pasadas de moda o repetían las mismas imágenes callejeras durante todo el día. Los periódicos hablaban con tonos no usuales, no decían muchas cosas, hablaban demasiado de otras.

Algunos venezolanos tenían ganas de linchar, golpear. Un ambiente de amenazas y chantajes volvía espeso el aire. Embajadas de países amigos del gobierno caído fueron ultrajadas, en Barquisimeto hostigaron médicos cubanos, en la capital allanaron la Asamblea Nacional, el Poder Legislativo

fue eliminado, los mayameros seguían saltando y cantando, en el centro de Caracas muchos celebraban, los representantes elegidos se escondían, la policía de inteligencia buscaba gente, los primeros presos políticos llegaban, un gobernador encarcelado en el interior, los veinte magistrados del Tribunal Supremo dejan sus cargos, los generales se reúnen y deciden, los vecinos siguen acusándose entre sí, se habla de reconstrucción, de golpe, de exilios, gente no aparece, se escuchan tiros, se leen artículos periodísticos del mismo título del himno nacional, en el interior del país nadie sabe lo que pasa, líneas aéreas internacionales anulan vuelos, el expresidente corrupto desde Miami continúa sonriente dando entrevistas, el cuerpo de Pedro Artiaga quizás dónde está, Elieser no habla, y Soledad cumple a duras penas el burocrático horario de su labor periodística, escribiendo inútilmente “golpe de Estado”, para aliviar la conciencia.

6

La gente muerta, tirada en el suelo inmóvil y mirando con una mirada triste todo el movimiento que ese día fue. Las balas desmayadas y sin más sonido por entre las avenidas. Los últimos perros callejeros todavía no se habían ido y olían a los muertos y a los vivos de ese extraño día. Filas enteras de motos y automóviles rondaban en blanco y negro con ganas de prender los faros. Era ya casi de noche. La luz comenzó a ser tenue y algunos rayos violetas resistían a la oscuridad. Fue por ese motivo que la sangre de la gente tirada en ese bulevar se veía cada vez más negra y material. Esa gente muerta comenzaba a parecerse a cosas, ahí tiradas.

A esa hora Pedro Artiaga era ya solo un cuerpo cubierto de oscuridad y miradas de curiosos que casi lo tocaban. Pero todos sabían que ninguno de ellos se atrevería a tocarlo, a él, a Pedro. Todos sabían que tenía que ser otro el que lo haría, el que vendría a meterlo en quizás qué morgue, hospital o hueco arenoso.

Es que pensándolo bien, quién podría soportar el peso de Pedro Artiaga, qué urna podría dar cabida al cuerpo gigante de ese manifestante aburrido.

Ese cuerpo, el de Pedro Artiaga, se había vuelto gigante, no habría cabido en ninguna parte. Eso todos lo sabían. Tal vez por ese motivo nadie se le acercaba realmente. Él reposaba ahí, simplemente eso. Con una bandera de la “República de Venezuela” que para ese momento no era más la “República Bolivariana de Venezuela”, visto que el nuevo gobierno le había cambiado el nombre al país. Claro está que Pedro Artiaga eso no lo sabía. Él había muerto antes. Tampoco habría sabido que tan solo un día después su país se habría llamado de nuevo “República Bolivariana de Venezuela”, luego que el presidente derrocado habría vuelto.

Son cosas que Pedro Artiaga no podía ni siquiera imaginarse, porque él estaba ahí sin vida y, como es bien sabido, los muertos no poseen imaginación, y si poseyeran no estamos

seguros de que puedan imaginar las cosas de los vivos. Por ello no podemos establecer con propiedad que el difunto Pedro imaginara que el Fondo Monetario Internacional, no solo reconocería la legitimidad del nuevo régimen por el cual, según muchos decían él había muerto, sino que además estaría dispuesto a hacerle un préstamo millonario al nuevo gobierno de *facto*. Lo que sí sabía Pedro antes de morir, era que el Fondo Monetario Internacional prestaba dinero a los países. La cosa que le hubiera sido difícil imaginar era que ese día, el día de su muerte, el Fondo Monetario Internacional habría decidido dar un préstamo al país, visto que con víctimas como él, Venezuela había demostrado su afán por derrocar al presidente existente y establecer nuevas políticas más acordes con las verdaderas necesidades actuales y el nuevo orden internacional.

Para muchos Pedro Artiaga era un héroe nacional.

Aunque Pedro solía decir que en Venezuela los héroes se acabaron en los 1800, nadie puede afirmar con seguridad que él hubiera querido ser un héroe. De hecho, cuando Pedro Artiaga hablaba de héroes no pensaba en él mismo, y cómo habría de hacerlo, si la única cosa que le preocupaba realmente, días antes de su muerte, era la ausencia de Soledad Noriega. Tal vez es por ello que muchos andan ahora por ahí diciendo que Pedro fue en realidad un héroe romántico, que bajó a las calles para salvar a su Soledad de los ricos. Esas voces son muchas pero no autorizadas.

Pedro no podía saber que Soledad estaba encinta y, sobre todo, no podía saber que el hijo no era de él, y cómo lo podía saber si es que desde hacía meses él no la había tocado. Durante esos meses, Soledad había estado únicamente con un hombre. Era uno del periódico, un mulato, también periodista. Claro está, no era nada serio, aunque nadie puede negar que fue sabroso.

La verdad es que nadie puede culpar a esa mujer, porque ella muy puerilmente solo le daba tiempo al tiempo, no sabiendo, claro está, que tiempo es lo que más le faltaba a su historia, visto que Pedro moriría ese jueves, y no sabiendo, sobre todas las cosas, que quedaría embarazada, no tanto de las cervezas bebidas con ese mulato y de los reportajes realizados con ese

Sebastián Martí, cuanto del sexo puro y silencioso que practicaba con ese joven en los incómodos rincones del periódico.

Ya había oscurecido completamente en ese bulevar donde el cuerpo de Pedro era un reto para el mundo. Ese mundo que tenía que venirlo a recoger para llevarlo no se sabe a dónde, y que no se atrevía. El cuerpo nocturno de Pedro Artiaga se había convertido en un barco gigante, marrón y violeta, que sin un mar, estaba anclado en las ruinas onomatopéyicas de eso que horas antes había sido una manifestación. Qué agua, qué mar, qué lágrimas, qué mundo, habría podido hacer zarpar el cuerpo solitario de Pedro Artiaga. Si es que todo el mundo ya no estaba ahí, ni en ninguna parte.

Todos los venezolanos se habían convertido en un oído sin límites que escuchaba pasivamente las declaraciones del embajador de Estados Unidos, quien afirmaba que lo importante es que el pueblo hable, proponga, se defienda, y el pueblo lo había hecho, derrocando al presidente. El pueblo venezolano, al parecer, según decía ese hombre, habló, según él, repetimos, porque muchos decían lo contrario. Tal vez fue por ese motivo que optó por felicitar a los militares, porque, según él, ellos son la voz y la defensa del pueblo.

No fue Pedro Artiaga el que nos contó eso que había dicho ese embajador, por el hecho que Pedro no era un oído gigante, como todos los venezolanos de ese día. Pedro no podía escuchar, estaba muerto. Esto nos hace pensar que no era entonces un venezolano. Pero tal afirmación preferimos no sostenerla, visto que no estamos para nada seguros. Lo cierto, lo único cierto, según nos han referido, es que el difunto Pedro podía todavía ver, con los ojos de un muerto, claro está. A pesar de que tuviera sus ojos abiertos veía solo sombras que le pasaban por sobre su cuerpo. La bandera que tenía sobre la faz, o tal vez la muerte misma, había creado ese efecto cegador. Pedro Artiaga podía ver hasta las sombras del helicóptero que de tanto en tanto pasaba por sobre su cuerpo, podía notar la sombra del perro blanco que varias veces se le acercó para oler su joven muerte e, incluso, intuyó la sombra del policía que lo movió un poco, le preguntó si estaba muerto y se marchó

pensando que la culpa no era suya. Se fue ese policía, quizás porque teóricamente los policías venezolanos deberían cuidar a los venezolanos vivos y no a los muertos. Estos últimos no escuchan, solo ven sombras, es por ello que los policías ni los cuidan, ni les pegan. Los dejan ahí esperando con la paciencia absoluta de la muerte.

Debemos confesar que Pedro Artiaga nunca amó a los policías. Claro está que ese policía no sabía que Pedro Artiaga a los policías no los amaba. Pero difícilmente se puede decir que este sea el motivo por el cual el difunto Pedro no respondió a la pregunta irónica del policía de si estaba muerto.

La cosa cierta es que llegada la noche “noche”, es decir, la noche espesa, sola, negra, Pedro Artiaga sintió sombras nocturnas que, al parecer, se movían alrededor de su cuerpo como en círculo, como quien no sabe por dónde comenzar, como quien fue enviado por el mundo para recoger las ganancias del día. O quizás las pérdidas de un día infausto.

Estas sombras lo tomaron con asco entre sus brazos y de forma violenta lo metieron en una ambulancia, cuyo ruido sordo de sirenas nerviosas Pedro nunca escuchó, visto que él, a diferencia de todos los demás venezolanos vivos, no escuchaba nada, ni siquiera las declaraciones del vocero oficial de la Casa Blanca que hablaba sin reposo.

Según cuentan, Pedro Artiaga ni siquiera sintió rabia por esos tipos que lo tomaron y se lo llevaron. No sintió rabia porque nunca supo que eran policías vestidos de pueblo, sí, porque un policía sin uniforme puede sin problemas, ni inconveniente alguno, pasar por gente del pueblo.

SEGUNDA PARTE

Ella sabía que tenía que hacer algo. No sabía muy bien qué era y cómo lo iba a hacer. Lo que sí sabía es que cuando uno no sabe qué hacer tiene que comenzar por hacerlo, no importa cómo. “Por algo tengo que comenzar”, se dijo, y fue así que lo hizo; comenzó.

Trataba de conspirar, pero la verdad es que ese era un verbo del cual poco sabía. Lo leyó varias veces en algún periódico y uno que otro libro de historia romana. Pero para ese momento no hubiera sabido muy bien expresar su significado verdadero. Claro está que nada de esto impedía que eso que sentía Soledad eran unas ganas incontenibles de conspirar. No sabía muy bien con quién o contra quién, pero las ganas eran fuertes y estaban ahí.

Aunque parezca extraño ya Soledad había comenzado a conspirar, en su interior. Ella fue entendiendo a retazos lo que esa palabra quería decir. Primero con algo de ganas y poco después con algunos actos concretos.

En un primer momento trató de comprarle una pistola a uno de los chicos malos del barrio. Lo único que necesitaba era algo de dinero porque pistolas es lo menos que falta en esa ciudad. Pero no, no obstante que lo del dinero no fuera un problema, pues con todo el trabajo realizado algo tenía reunido, no podía hacerlo. No podía comprar un arma. La causa era simple: su niñito al intuir desde el vientre la intención desesperada de la madre, le habría simplemente quitado el habla. Su bebé no se movió más. Ni siquiera una patadita le dio durante todo ese día y a ella, como tonta no es, no le costó mucho entender la huelga de mimos de su infante. Ella prefirió entonces no comprar el arma y la reconciliación no tardó en llegar.

Soledad quería esa pistola, más por prejuicio que por real utilidad. Ni ella misma sabía cómo funcionaba esa pistola y el objeto extraño que nos persigue y que sale de ella y, pensándolo bien, “a quién le voy a disparar”, se preguntó a ella misma en un ataque de tristeza y risa revuelta que sabía a mango podrido.

Lo cierto era que Soledad tenía allá en el alma, es decir, entre el cerebro y el corazón, un sentimiento nuevecito, efectivo y salado, que poco tiempo después se le presentaría bajo el nombre institucionalizado y bien vestido de venganza. Eso era algo que Soledad Noriega no había probado antes. Algo que le pesaba en cada pensamiento, que se le inscribía en todos sus sentimientos y que no se quería ir a pesar de que, más de una vez, le gritó desde su cuarto sin muebles, ni ventanas, “vete de aquí, vete nojoda”.

Pero su problema no era la venganza y eso lo entendió enseguida. Era el recuerdo que la vaciaba. El recuerdo de Pedro allá tirado con la bandera cubriéndole sus lágrimas de héroe de los 1800 que no era. Cada vez que esa imagen le venía robusta y puntual al alma, ella se deshojaba entre las hojas de metal húmedo de su recuerdo y es que, en el fondo, ella sabía que ninguna pistola le habría robado esa imagen a su odio, ningún sistema político, ninguna revolución, ni contrarrevolución del carajo.

Soledad Noriega estaba segura que ninguna pistola venezolana, general, empresario, presidente, pueblo, revolución o contra revolución la calmaría por nunca jamás del otoño perenne e inexplicable que Pedro le dejó con el testamento de su muerte inesperada, ese jueves 11 de abril también inesperado. La venganza y el recuerdo se habían unido creando la mayoría política más incontenible que esa mujer pudiera imaginar: la del luto y la viudez precoz.

Lo peor era que ese sentimiento no lo veía solo en ella. Soledad se había percatado que desde hacía tiempo la venganza estaba rondando en su país con la paciencia de un zamuro. Ella sabía que tantos asesinatos por robo, desprecios sociales y gente sin comer, no era algo que se podía pasar por alto. Sabía que el pasarse el poder de dos partidos cada cinco años, decir “de los otros es la culpa, hoy no comí, voy a Miami a hacer compras”, algún día traería consecuencias.

Las ganas de venganza que ahora Soledad Noriega sentía no era más que una parte de la confederación desmedida del odio que el país estaba encubando desde tiempos prehistóricos. Ella sabía que de ese sentimiento que ella probaba, la

culpable no era solo ella y que, sobre todo, de lo que pasaba en ese país ella nada podía realmente hacer. Las manos de sus sentimientos, de su futuro, de su nacionalidad, estaban atadas al qué se puede hacer, al vertiginoso determinismo social y al recuerdo inmóvil y palpitante de su hijo Pedrito Segundo pateando en su vientre.

La pregunta no se le había ido, estaba ahí: “cómo conspirar, qué pistola utilizar, contra quién luchar”. En ese momento llegó fulminante y lúcido el disparate magnífico de pensar en su propia muerte.

Para utilizar una pistola de la mejor manera la solución era una sola: clavar en el fondo de su desesperada existencia, allá en lo más profundo de ella, ese objeto delirante y metálico que representa la bala. Con esta, el sufrimiento de una vida desaparecida tras el recuerdo áspero de su Pedro del alma, se convertiría, también él, en un desaparecido. Con el sonido refrescante y alborotado de una bala rompiendo el viento de su país en ruinas, todas sus necesidades vitales, sus órganos prohibidos y su vagabunda tristeza, se reducirían a un recuerdo vago de un recuerdo, a un recuerdo del recuerdo, a la olvidadiza muerte.

Ella pretendía, o mejor, hubiera querido pretender que la bala de esa pistola demente, que ni siquiera había comprado todavía, fuera utilizada contra ella misma. Según sus previsiones existenciales, solo la muerte ciega y seca habría podido curar semejante tristeza.

—Pero entonces, ¿estoy pensando en suicidarme? —se dijo incrédula.

Y si no:

—¿En qué más estarías pensando, Soledad? —se respondió enojada e irónica.

—Pues sería un homicidio, mijita. El homicidio cósmico contra tu criatura, mujer. Meterte un tiro es matarlo a él. Mátate tú si quieres, pero no al tripón. Ese niño no es solo tuyo, Soledad. También de ese muerto de Pedro, aunque él no sea el padre.

Es bien sabido que a los muertos les gusta la vida. Y el muerto Pedro Artiaga no era la excepción.

—Ese muchacho, desconsiderada, es del hijo mío y si me lo matas, te mato a ti, aunque ya estés muerta, y por cierto yo también.

—¿Quién está ahí? —preguntó Soledad y fue entonces cuando se dio cuenta que estaba hablando sola desde hacía un rato largo.

Bueno, hablando sola porque era su voz la única que se escuchaba. Pero sola no estaba Soledad. En ese cuarto estaba también, aparecida, la difunta madre de Pedro Artiaga, que aprovechaba el cuerpo de Soledad para encarnarse y expresar sus ideas y arrechera.

—¿Entonces qué hago, vieja?

—Dímelo tú, Soledad.

—Los muertos no estamos para decirles a los vivos lo que tienen que hacer, sino más bien para decirles, entre espasmos y jaladas de pie, lo que no tienen que hacer y yo, Soledad, te digo que a mi nieto no me lo tocas. ¿O es que quieres que, después que te hayas matado, te mate de nuevo y te vuelva a matar hasta el final de los tiempos? Pero como mala mujer no soy y todavía menos mala muerta, te voy a ayudar. Te aconsejo que vayas a observar con atención el cuerpo del hijo mío. La posición del cuerpo mismo te dirá finalmente quién fue el responsable de su muerte. Sabrás entonces contra quién descargar tu venganza.

Como a Soledad eso de estar matando gente con una pistola no la convencía, y como no tenía la mínima intención de matarse por miedo a matar al hijo y ser matada *ad infinitum* ya muerta, decidió hacerle caso a la madre de Pedro y fue a reclamar al muerto.

Ella quería vengarse de alguien y como la única manera de saber contra quién, era la de descifrar el cuerpo de su muerto, pues para allá iba.

Se encontró con un gran problema. En medio del despelote bíblico de un país en el cual existían dos gobiernos y veinticinco millones de opositores, era difícil encontrar el cuerpo de un pobre muerto manifestante. Para todos era un muerto político tan célebre, que ninguno se había acordado de salvaguardar su cuerpo muerto. Era tan famoso como muerto, que ninguno tomó en consideración el hecho de que antes había estado vivo y

que merecía sepultura. Tanto hablaron de él, que todos pensaron que al menos alguien había tenido la delicadeza de recogerlo.

El muerto había desaparecido.

Soledad utilizando sus credenciales de periodista visitó no solo al gobierno autoproclamado, sino también a lo que quedaba del derrocado, habló con los ministros viejos y nuevos, con alcaldes, cardenales contentos, embajadores cobardes, chinos invitados, revolucionarios cincuentones, policías barrigones, barriles de petróleo desempleados, motos de los años sesenta, delincuentes buena gente, monjas enfermeras, actores de telenovelas, locutores de radio, exmiss Venezuela, mayameros pseudo exiliados, clandestinos errantes, llaneros, expresidentes, exdictadores, exsacerdotes, habló con algunos artículos de la nueva Constitución, con las estrellas de la bandera, con empresarios sindicalistas, con sindicalistas empresarios, con chóferes de metrobus y peces del Caribe, con algunos cangrejos color naranja, con la virgen de Coromoto, con desempleados e indios yanomami, con feministas caribeñas y con gaviotas de la isla de Margarita. Soledad en su afán, para muchos desproporcionado, por encontrar el cuerpo desaparecido de su Pedro, había dialogado, cuestionado, investigado, a toda la caótica realidad venezolana de ese entonces.

Unos le decían que tenía que esperar, que el destino del país estaba en veremos, que hay que ver, que quizás, que fuera a hablar con los otros, y con los otros iba a hablar y les preguntaba y le respondían, pero las respuestas de todos eran más interrogativas que las preguntas mismas de Soledad, y era lógico, porque la verdad era simple: durante esos días de abril nadie sabía nada. Militares, oposición, presidencia, pueblo, todos, conformando la mayoría más grande que el país haya conocido, estaban improvisando, viendo qué salía de bueno, nunca se sabe, tal vez algo bueno salga, quién sabe. En el fondo frases como estas daban vueltas y vueltas y vueltas en ese ambiente trágico, vertiginoso y enojado que dejó todo en manos del resplandor cegador del veremos.

Después del mediodía de ese jueves se comenzaron a escuchar las frases políticas más apocalípticas, los sermones religiosos

más vacíos, las decisiones militares más infelices, los artículos periodísticos más cobardes y las muertes más innecesarias.

Tal ambiente fue el que percibió Soledad en todas las oficinas que visitó buscando el cuerpo de Pedro Artiaga, en todas las morgues, los hospitales, partidos políticos, sedes administrativas, taxis, iglesias. Era como una avalancha inconmensurable de miedo y valentía al mismo tiempo. Si solo alguien de forma coherente y magnífica se hubiera atrevido a decir algo que no estuviera de más, tal vez ese montón de miedo se hubiera convertido en valentía, o ese charco de valentía hubiera llegado, por fin, a ser miedo.

Pero es que en esos momentos nadie era creíble. El país era un carnaval de máscaras venecianas que se cambiaban automáticamente cada cinco minutos. ¿De quién podría ser la culpa de semejante transmutación carnavalesca de credos, valores, partidos, ideales? ¿Quién podía ser el irónico autor de tanto, quién sabe? Preguntas como estas rondaban en la cabeza mareada de una Soledad que con su búsqueda parecía desaparecer, todavía más, el cuerpo desaparecido del difunto Pedro Artiaga.

“Como si los muertos tuvieran patas”, pensó Elieser al saber la noticia del “no se sabe dónde fue a parar ese muerto”.

—Pero es que los muertos no tienen alma, negra —le dijo Elieser a su mujer—. Y si tuvieran, la de Pedrito ya hubiera pedido el exilio político.

Aunque parezca extraño, exactamente lo mismo estaba pensando Soledad Noriega:

—¿Quién sabe, Pedro, si me estás mirando buscar tu cuerpo? Si me estás mirando, al menos dime pa’ dónde coger.

Entonces Soledad comenzó a hablar con una voz que no le parecía la suya. Estaba montada en un bus y toda la gente miraba a esa loca que hablaba sola y se amenazaba a sí misma. Soledad en un delirio casi místico decía:

—Soledad, apúrate, encuéntralo Soledad, que se te va a podrir el cuerpo de Pedro. Acuérdate que la naturaleza mortal del hombre se vuelve mal olor cuando muere y, a pesar de que mi hijo fuera un santo varón, igualito se nos va a podrir si no

lo encuentras rápido. Apúrate Soledad, apúrate porque si se nos pudre Pedro sin habernos dicho con su cuerpo quién fue el responsable de su muerte, te pudro yo a ti, aunque sea solo el espíritu. Ve a buscar a mi hijo, apúrate. Solo en la expresión de su cuerpo encontrarás en quién descargar tu venganza, apúrate mujer, corre.

Pasado un tiempo volvió en sí y tuvo que bajarse del bus, aunque no fuera su parada, visto que todos se burlaban de ella a causa de su diálogo en voz alta con la difunta madre de Pedro, que causó al inicio miedo y más tarde una diversión sin límites entre los pasajeros, en su mayoría hombres. Claro está que no se bajó del bus sin antes decirle a los presentes: “¡Pa’ eso sí sirven los maricones hombres de este país, pa’ echar chistes, vayan a burlarse del coño de su madre!”

8

Fue mucho el tiempo en el cual Soledad estuvo buscando el cuerpo sin vida del ángel de la guarda que, seguramente, custodiaba la criatura que tenía en su vientre. Según fuentes no confirmadas, fueron años, tal vez cincuenta. Pero lo cierto es que, según la única y verdadera fuente de todo lo ocurrido, solo había pasado un día. Un día asombroso y eterno, pero un día al fin: se trataba de ese movedizo jueves 11 de abril. Donde todavía estamos.

Hemos de creer lo antes dicho, visto que ya para el domingo 14 de abril, cuando el presidente derrocado toma de nuevo el poder, el cuerpo de Pedro Artiaga se encuentra a la vista de todos.

Entonces, ¿cómo creer, o al menos imaginar, la desproporcionada versión que afirma que Soledad Noriega estuvo muchos años buscando el cuerpo de Pedro?

La respuesta es evidente. Tantas fueron las personas interpeladas por ella, tantas las respuestas, direcciones, motivos y razones, y tanto el sufrimiento y la fidelidad a ese muerto por parte de Soledad que, en el archipiélago de su inconsciente, el tiempo era un largo y dilatado ente sin vida.

Según las últimas estimaciones matemáticas y explicaciones científicas, tanta fue la gente que asegura haber sido interpelada por Soledad Noriega, tantas las embajadas que confirman haber tenido la presencia de esa mujer en las fronteras de sus países y tantos los boletos de trenes, barcos y aviones utilizados por ella, que es imposible imaginar que se trate de la misma persona y el mismo 11 de abril. Mas todo parece afirmar que no cabe duda de que fue Soledad la protagonista de esa relativización famosa de todo lo temporal.

La única explicación plausible de todo lo ocurrido fue enunciada por la hija de la señora Eleonora, Eleonorita María, quien con seguridad afirmó que, según su madre, experta en cuestiones de política y leedora de cartas sevillanas sin el permiso del párroco, no hay nada más conspirador que la unión

entre el amor y la política. La difunta Eleonora afirmaba que, si uno mezcla en la paila de la realidad esos dos ingredientes, el resultado será el de una conspiración monumental contra todo lo que a uno se le oponga.

Eleonorita María en muchas ocasiones y con gritos chillones dijo a los medios de comunicación, interesados en la versión de su madre y encarcelados en el barrio esperando un pronunciamiento suyo, que tuvieran cuidado, cuidadito con esa enamorada política porque, ténganlo seguro, esa va a encontrar al o a los culpables de la muerte de su Pedro Artiaga.

Ya la búsqueda se había vuelto una preocupación nacional e incluso internacional. Fue por este motivo que los que tenían el cuerpo congelado de Pedro escondido en las oscuridades de sus tácticas políticas, congelado y todo como estaba, tuvieron que tirarlo en las aguas del río Guaire, por miedo a ser encontrados. Fue allí, en plena Caracas, que el cuerpo de Pedro Artiaga fue hallado sonriente y abrazado al cuerpo de otro compatriota suyo, también él muerto, pero sin zapatos, visto que le habían dado ocho puñaladas para robárselos.

Pero la gente se olvidó pronto del muerto sin zapatos visto que no era una novedad.

La noticia que sí continuó fuerte y sin tregua fue la del cuerpo de Pedro Artiaga, ya no más sonriente, visto que lo habían separado de su amigo, el sin zapatos.

Esa noticia se había convertido en prioridad internacional a causa del escándalo mundial que había creado la viuda Soledad Artiaga, que hasta papeles de matrimonio había comprado en Maracaibo para hacer la noticia todavía más apetecible: “viuda embarazada busca desesperadamente el cuerpo de su marido manifestante”.

Soledad Noriega, en su afán por encontrar el cuerpo, había visitado con sus documentos de casada y la foto de Pedro tirado en la avenida Baralt los organismos internacionales más importantes del planeta. Había pasado de Bruselas a Atenas, y de ahí a Brasilia, en un esfuerzo sin precedentes humanos por encontrar o hacer encontrar al difunto desaparecido. Su última escala fue la Basílica de San Pedro en Roma, donde el Sumo Pontífice, en un

esfuerzo de caridad cristiana para con la viuda, estuvo diciendo “sí” con la cabeza a todo lo que ella dijo durante esas dieciséis horas de monólogo. Muchos sostienen que no fue ella la que habló, sino más bien la madre de Pedro, quien en vida admiró de tal manera al Papa, que llegó incluso a escribirle una carta de amor desesperada en latín, que poseía más de mil seiscientos cuartillas.

Cada movimiento realizado por Soledad fue decisivo en la unificación de un interés mundial, no solo en relación al cuerpo desaparecido, sino también al cuerpo ahora encontrado.

Soledad Noriega, que ahora era llamada la viuda de Artiaga, había convencido al mundo entero, con su ilimitada inteligencia de mujer preñada, que una vez encontrado el cuerpo se descubriría finalmente el culpable de su muerte. Ciertamente es que ni ella misma estaba segura de eso. Todo lo que afirmaba estaba completamente fundado en las apariciones, o más bien, en los monólogos que la madre de Pedro hacía a través de su voz.

Según la difunta doña Artiaga, el cuerpo de su hijo habría de señalar con el dedo índice al responsable de su muerte, es decir, a aquel que sería el hombre o los hombres más buscados del planeta.

Cuando encontraron el cuerpo lo llevaron a la morgue más importante del país donde, a causa de su rigidez tuvieron que trabajar por horas y horas entre martillazos y cincelazos para poder separarlo del otro cuerpo sin zapatos.

Podemos afirmar sin lugar a dudas que esos primeros martillazos Soledad los aceptó sin reconcomios, en vista de la urgencia y necesidad de los mismos. Los que sí no aceptó fueron los otros martillazos que más tarde les contaremos y que, entre otras cosas, fueron causa de múltiples escándalos.

De hecho, fue tal el escándalo que esa mujer formó, que los médicos forenses que estaban ahí, en medio de un gentío colosal, tuvieron que dejar de martillar, aun cuando tuvieran órdenes superiores de no detenerse. Ella gritaba quién sabe si poseída por la madre de Pedro:

—Déjenlo así, déjenlo así. Ya los separaron, por qué le siguen dando, déjenmelo así.

La secreta causa de todos esos martillazos ulteriores fueron conocidas más tarde.

El cuerpo de Pedro Artiaga estaba hecho una roca y nadie pudo hacer nada para suavizarlo. La forma que había adoptado ese cuerpo era muy parecida a la de esa famosa estatua de la libertad neoyorquina que los franceses, en un momento de megalomanía revolucionaria, le regalaron a sus amigos los estadounidenses. Pedro estaba acostado, estirado e inexpresivo con el brazo derecho levantado, la mano empuñada y el dedo índice señalando a alguien. Ese dedo índice, secular, perentorio y omnipresente señalaba sin más al o a los responsables de su muerte. Por este motivo todos, en medio del miedo más feroz, habían decidido hacerlo cambiar de posición.

Nadie podía ser culpable de lo que había sucedido.

El señor Carlos Esvolto, ese que había sido tan eficaz para autoproclamarse presidente, no lo fue para lograr suavizar el pedazo de tronco milenario en que se había convertido el cuerpo de Pedro Artiaga.

Por ese motivo el nuevo ministro de Energía y Minas, en un llamado casi claustrofóbico por parte de Carlos Esvolto, convocó al nuevo presidente de Petróleos de Venezuela, S.A. y a algunos de sus más caros ingenieros químicos, para ver si con sus fórmulas inéditas lograban hacer algo contra ese cuerpo que por nada de este mundo, ni del otro, lograban relajar. No lo lograron.

Por esas horas se escucharon muchas detonaciones, algunas de las cuales fueron tan graves y pesadas que hacían pensar en quizás qué guerra olvidada contra los españoles de siglos pasados. Pues no era ninguna guerra. Delante de la impotencia de los ingenieros químicos de Petróleos de Venezuela, S.A., los generales venezolanos, esos mismos que no se terminaban de poner de acuerdo sobre a quién dejar en el poder durante esos días de abril, se habían tomado la responsabilidad de suavizar el cuerpo del difunto Artiaga.

Ellos, con sus inteligencias de militares de alto rango, pensaron que lograr mover a ese cuerpo que señalaba con su dedo

rígido a los culpables, representaría para el mundo castrense una victoria política. Pensaron que después de ese gesto heroico, Estados Unidos podría ser todavía más explícito en su apoyo al golpe y podrían afirmar que la dictadura que estaba por comenzar sería la democracia más grande que ningún otro país podría conocer jamás y, de esta manera, el Fondo Monetario Internacional habría súbitamente llegado con aviones y aviones llenos de dólares nuevecitos y olorosos.

Los generales se decían entre ellos que había que aflojar ese cuerpo inquisidor que tarde o temprano iba a desestabilizar todo. Cueste lo que cueste había que aflojarlo. Fue así como comenzaron las detonaciones que se escucharon durante esas horas. Los generales comenzaron a dispararle al cuerpo, eternamente pasivo, de Pedro Artiaga con todos los tipos de armas imaginables.

Estuvieron varias horas bombardeándolo y para no preocupar a los periodistas internacionales, decían con orgullo de gallo de pelea:

—No se preocupen, es el pueblo venezolano que está celebrando el nuevo régimen democrático.

Para hacer creíble la afirmación, los generales habían puesto a todos los muertos de esos últimos días en las calles principales de Caracas, amarrados con cuerdas que los sostenían de las manos, los pies y la cabeza, junto a policías que los maniobraban con cuerdas desde las azoteas, haciéndolos mover cual si fueran enormes títeres políticos venezolanos.

Existen pruebas de la existencia de esos enormes títeres. En efecto, uno de los nietos del gordo y melancólico Elieser conserva en su casa uno de esos monumentales títeres que, en medio del desorden de ese día, los policías habían olvidado en unas de las adyacencias del palacio de gobierno.

Después de los intentos bélicos por parte de los generales para hacer cambiar de posición el cuerpo, de todos los proyectiles que el cuerpo de Pedro Artiaga recibió y de la humazón que esa guerra improvisada creó, se llamó a todos los políticos autoelegidos, al nuevo director de Petróleos de Venezuela, S.A., a la élite militar y clerical, y a los medios de comunicación, para que vieran

cómo, una vez disipado el humo, el cuerpo de Artiaga por fin se movería para donde cualquiera de los periodistas quisiera.

Pasó una hora, y delante de las miradas atónitas de todos los presentes, el humo terminó finalmente por desaparecer. Entonces comenzaron los *click* de las fotos y el resplandor de los *flash*, y el obispo aprovechó para ponerse en su pose beata, y algunos militares se pelearon entre empujones y risas diplomáticas por aparecer al lado del cuerpo de Pedro Artiaga.

El más gordo y deforme de los generales, con un aire de mandamás, debido a su paso de cochino navideño y su lentitud de recién comido, se dispuso a mostrar cómo por fin, después de todas esas detonaciones contra el cuerpo, este se movería sin dificultad alguna.

Antes de que el general tocara el cuerpo ya los aplausos eran incontenibles. La gente gritaba con dignidad y fervor “¡No pasarán!, ¡no pasarán! ¡Ese muerto no pasará!” El general con su dedo invitó al silencio respetuoso para con tan memorable momento, y se dispuso a demostrar la flexibilidad del cuerpo. Dio algunos pasos hasta llegar al difunto y con un guante de cuero negro trató, con el mayor de los cuidados, de modificar su posición de estatua de la libertad acostada, señalando a quién lo mató.

El cuerpo continuó intacto, duro, sin movimiento.

Entonces el general trató de moverlo con un gesto todavía más fuerte. Pero el cuerpo no se movió de su posición ni siquiera un centímetro. Más bien comenzó a dar vueltas, girando sobre su propio eje cual si fuera el juego de la botellita que, al final de su movimiento, señalaría al culpable.

Fue a partir de ese momento que todos se dieron cuenta del afán escondido por cambiar la posición de ese cuerpo por parte de muchos de los presentes. Después que el cuerpo dio varias vueltas, se detuvo señalando al general que lo había forzado a moverse hacia solo un instante.

La explicación de todo fue mucho más clara. Resulta que el cuerpo, después que había sido separado de su compañero sin zapatos, había tomado la posición física de un muerto común y corriente. Hasta ahí no había ningún problema. Los

problemas llegaron momentos más tarde, cuando todavía en la morgue, sin ninguna explicación plausible y delante de los ojos de los médicos, el cuerpo comenzó a levantar milagrosamente su mano derecha y, al final de esta, su dedo índice, como quien señala algo. Todos entendieron que se trataba sin más del inicio de una acusación apoteósica, y por todos los medios trataron de cambiarle esa posición: primero con los ingenieros químicos y después con los armamentos de guerra venezolanos, como ya se explicó.

Nada de eso funcionó.

Lo cierto es que horas más tarde, en el palacio de gobierno y delante de un gentío que fue a ver el cuerpo, el mismo se puso a señalar gente, comenzando por el general con facciones de cochino navideño que había tratado de lucirse delante de todos a cuestras del difunto.

El general trató de defenderse de inmediato delante de la acusación de ese cuerpo rígido:

—Yo no, mijo. El culpable no fui yo.

Y empujó todavía con más fuerza el cuerpo de Pedro. Este dio varias vueltas sobre sí y lentamente, delante de los ojos de los presentes que con él daban vueltas, se detuvo. Era al cardenal que ahora ese cuerpo señalaba:

—Dios mío, este peca de falso testimonio hasta muerto.

Y con una fuerza casi divina, metafísica, beata, le dio un empujón tan fuerte al cuerpo, que lo hizo caer de la mesa de autopsia improvisada en la que estaba, haciéndolo dar vueltas por todo el Salón Ayacucho del palacio presidencial. Todos trataban de evitarlo y, sobre todo, trataban de no ser señalados.

El cuerpo fue perdiendo velocidad y se detuvo con lentitud hasta posar su gracioso dedo índice sobre la personalidad ilustre y empresarial del señor Carlos Esvelto, nuevo presidente después del golpe:

—Esto es lo último, que me vengan a señalar a mí. Yo soy un demócrata convencido. El único que existe en este país. Yo no fui el responsable, agárratela con otro. Vaya pa' llá.

Y lo empujó con rabia y desprecio, tomándolo justo por el dedo que lo señalaba.

Entonces el secretario general autoelegido de eso que llaman el Sindicato de Trabajadores de Venezuela, temiendo que el próximo culpado fuera él, se adelantó a los hechos y detuvo el cuerpo:

—Yo tengo una solución, señoras y señores. Contrariamente a lo que piensan todos, yo no hago parte de este gobierno golpista. Yo seré siempre de la oposición. Yo nunca podré ser culpado por este muerto. Yo propongo traer aquí al más fuerte, musculoso y exageradamente potente de mis obreros, para que mueva él, con su fuerza inhóspita a este muerto que está comprobando ser un daño a la integridad del proceso político de cambio que vive el país. Es más, no propongo al más fuerte. Propongo a los más fuertes.

Fue así que una legión de obreros pobres, desolados y hambrientos, que solo habían resistido a tanta hambre gracias a sus cuerpos de congoleños, entraron en fila india, llevados por el secretario sindicalista. Todos se colocaron en un círculo inexacto alrededor del cuerpo de Pedro Artiaga y, en medio del más frío y solitario de los silencios, se dispusieron a forcejear con ese cuerpo, que solo la mañana anterior había caído asesinado en la avenida Baralt.

Se escuchaban respiraciones fuertes y el olor a sudor de esos obreros ya penetraba, agrio y conciso, en las narices de los presentes. Las corbatas baratas que les habían puesto para la ocasión se despedazaban, y los rostros y músculos se convertían en gruesas venas como de marfil.

—Todavía más, continúen, más, todavía más fuerte.

Al imprevisto se escuchó un ruido de huesos rotos y todos los presentes aplaudieron, celebrando la destrucción del brazo del muerto inquisidor... Pero no, fue uno de los gruesos brazos de obrero el que se había roto. El obrero cayó entre gritos y blasfemias.

Ya para ese momento todos habían entendido que para esos obreros la cuestión era de honor. Era un problema, no más de política o de culpables, sino más bien algo de machos, de ganar, de que “este cuerpo no nos va a joder”. La fuerza fue entonces mayor, interminable, trascendental. El forcejeo había llegado a su máximo esplendor. Nunca ningún ser humano, ninguna

máquina, ninguna ira divina, habría superado la fuerza que ese día se ejerció sobre el testarudo cuerpo de Pedro Artiaga.

Mas no lo lograron cambiar de posición. El duro trabajo de esos monumentales obreros se terminó en medio de un sonoro, magnífico e inesperado viento fétido por parte del más robusto de entre ellos, que dejó el ámbito todavía más increíble.

Todos seguían ahí. En ese obeso salón del palacio de gobierno. Todos con ojos de clarividentes, tratando de sospechar un modo para evitar que ese muerto continuara señalando culpables.

Fue mucho tiempo el que pasó por sobre todas esas personas presentes en ese salón de cortinas barrocas. Tanto que nadie podría afirmar con exactitud cuánto fue, visto que era interminable el círculo vicioso de culpables que ese muerto señalaba.

Cada vez que alguien lo tocaba, acariciaba, forcejeaba, en fin, lo trataba de hacer salir del letargo de su dedo señalando a un culpable, el muerto Artiaga comenzaba nuevamente a dar vueltas y, al detenerse, ya había señalado a un nuevo culpable de su muerte inesperada.

Ya nadie quería acercársele, y ni el nuevo gobierno, ni los generales barrigones, ni los empresarios encorbatados, ni los sindicalistas corruptos, habían podido ejercer sus poderes, en otrora tan eficaces.

El cuerpo de ese pobre venezolano pobre había hecho desaparecer cualquier minúscula suerte de mandato o poderío. Nadie podía contra su colosal dedo puntiagudo y juez.

Ya sin fuerzas, sin las más mínimas fuerzas, visto que todo el tiempo y las energías fueron gastadas en un correcorre caótico de aquí para allá, todos los importantes personajes ahí presentes se rindieron y proclamaron, no solo duelo nacional por las víctimas caídas, sino una marcha por todo el país con el cuerpo de Pedro, que a partir de ese momento fue decretado héroe nacional de toda la Venezuela unida, por los siglos de los siglos, amén.

Pero la verdad era otra y todos la sabían. Muy bien sabían todos los que se temían culpables de esa muerte que en el país no faltaban brujos, saboteadores, delincuentes, magos negros, bellas brujas, políticos omnipotentes, playas relajadoras, ex-missvenezuelas influyentes, cepillaeros diabólicos, magnates increíbles, homosexuales machistas, exorcistas cabizbajos,

panaderos portugueses, músicos videntes, colombianos literatos, árabes taciturnos, mecánicos atolondrados, pescadores psicoanalistas, sacerdotes guerrilleros, caballos heroicos, vírgenes milagrosas... que podían, desde el regionalismo de sus vidas cotidianas, hacer algo contra el dedo teatral de Pedro señalando a todos. Los que le temían a ese dedo sabían que uno de estos autóctonos personajes, sin mucho esfuerzo, habría podido cortar ese dedo, robárselo, comérselo, hechizarlo, malgastarlo, hacerlo cambiar de posición.

Claro está, que para llevarlo en caravana por todo el país, en busca de una solución a esa inquisición corporal, había que pedir, antes que todo, el permiso de su viuda, Soledad Noriega. Ella entredientes dio su permiso, pero antes quiso que le trajeran a un tal Elieser para que la acompañara a eso que, le habían hecho creer, era una caravana para honrar por todo el país la muerte heroica de su Pedro.

En poco tiempo el gordo Elieser ya estaba sentado a su lado con todo el peso de su barriga y su tristeza:

—Quédate conmigo, Elieser, para que me ayudes a cuidar a Pedro —le dijo Soledad.

Elieser estuvo de acuerdo, más que todo, porque desde ese momento aprovechó todo el espacio televisivo que se le brindó para denunciar por pavoso al expresidente corrupto Cornelio Asdrúbal Puentes que estaba en Miami. Según la interpretación de los hechos del gordo Elieser, todo lo que había sucedido era culpa de la boca pavosa del calvo ese:

—Si ese bicho no hubiera hablado por CNN, todo hubiera salido bien.

El cuerpo salió del salón del palacio de gobierno en horas de la tarde, en medio de un gentío colosal que dejó sin aliento a los periodistas, quienes consternados declaraban que el pueblo, todo entero, salió a defender sus derechos contra el populista presidente derrocado.

Pedro Artiaga reposaba sobre una especie de plataforma alta colocada sobre un camión Ford Diesel, último modelo, que los estadounidenses habían regalado al nuevo gobierno, junto con algunos francotiradores despechados y generales

retirados de los tiempos de Vietnam que organizaron el evento. Todo eso con la intención manifiesta de que nadie osara robarse el democrático dedo de ese héroe que, según la Casa Blanca, había salvado a todos los venezolanos.

Todo eso no le gustó mucho a Soledad Noriega, pero al final la convencieron diciéndole que se trataba de la seguridad de su esposo difunto. Lo cierto era que ni ella, ni el Pedrito Segundo que se encontraba en su vientre, se habían dado cuenta de forma cierta de qué era lo que en realidad estaba pasando en medio de ese gentío, definido por muchos como democrático.

Ella intuía que toda esa algarabía escondía un miedo desenfrenado, por parte de todos los venezolanos, de ser señalados como los responsables del desastre bíblico que estaba sucediendo en el país y, sobre todo, de la muerte irremediable de Pedro Artiaga. Pero Soledad se daba cuenta de que se trataba de una subjetiva intuición suya, así que no le dio largas al asunto.

Por cierto, su ex amante, el joven Martí, había pedido asilo en la embajada de Costa Rica, visto que temía que se descubriera que fue él quien se aprovechó de las extravagancias sexuales de Soledad y, por estarse acostando con la mujer del héroe nacional, lo encarcelaran o lo lincharan.

El cuerpo de Pedro Artiaga fue llevado, primero que todo, al barrio. Ese barrio lo acogió en medio de aplausos que poco después se convirtieron en gritos y desapariciones, visto que la policía estaba buscando en cada casa al más famoso de los ladrones venezolanos de carros. Según decían, ese tipo podía abrir, encender un automóvil e irse con el mismo a otra ciudad, en menos de dos segundos treinticinco. Es decir, que utilizando sus maniobras de ladrón profesional, sus cables, destornilladores y llaves de tubo, sin problemas podría cambiar de posición el cuerpo de Pedro. Todos esperaban su eficacia.

Instantes más tarde por fin la policía de inteligencia logró atraparlo en la casa de su novia y le explicó que no lo querían detener, que solo se trataba de un favor que el país le pedía.

El ladrón de carros comenzó entonces su trabajo, pero después de un forcejeo y de la utilización de algunos instrumentos

de robo, por lo demás sofisticados, se declaró vencido mientras afirmaba:

—Yo hago mi trabajo en menos de dos segundos treinticinco o no lo hago.

Lo único que logró fue hacer girar una vez más ese cuerpo que, al detenerse, declaró con su dedo que, también, el ladrón de carros era responsable de su muerte en esa avenida.

La gente que, al inicio aplaudía la hazaña del ladrón de carros, al ver que el cuerpo se detenía lentamente de sus vueltas incesantes, dejó de aplaudir escondiéndose en los rincones más inhóspitos del barrio, con tal de no ser juzgados responsables por el dedo sincero de Pedro.

Cada vez que el cuerpo estaba por detenerse en un lugar específico, la persona que debía ser señalada, súbitamente le daba un manotón sin gracia, pero con mucha fuerza, que lo hacía girar con una intensidad todavía más feroz.

El cuerpo salió del barrio dando vueltas y vueltas, y en medio de un montón de seguidores, que no eran solo del nuevo gobierno, sino también del derrocado, se fraguó una manifestación que le daría la vuelta a todo el país, en busca de una solución contra ese cuerpo terco y culpabilizador.

La multitud se dirigía hacia las costas del oriente venezolano entre gritos de “denle vuelta, denle vuelta antes de que se detenga”. Allí lo esperaban un grupo de pescadores que habían encontrado una playa escondida, de la que se decía era la más bella de todo el Caribe, y donde mucha gente, incluso difuntos, eran llevados para relajarse en sus aguas diáfnas y tibias, antes de ser enterrados.

De ser verdad todo lo que esos pescadores decían sobre esa playa escondida, una vez que el cuerpo de Pedro Artiaga se relajara, habría podido ser finalmente puesto en la posición canónica de un muerto normal. A partir de esa playa exuberante y esbelta todas las preocupaciones del país se disiparían. Ya no habrían culpables en Venezuela.

En efecto, poco a poco el país se iba uniendo, gestando una unidad nacional nunca antes imaginada, contra la injusticia que creaba ese pseudo héroe nacional que ya se había convertido, más bien, en una molestia patria.

El muerto llegó a esa playa dando, todavía, vueltas. Visto desde los helicópteros que lo escoltaban parecía algo así como una hélice, pero desde los botes de palo que filmaban desde mar adentro la llegada de ese cuerpo, parecía más bien, el de un juego de la botellita entre miles y miles de adolescentes.

Pedro Artiaga sintió el frescor de los cocoteros a través de las sombras inequívocas de sus palmas en constante movimiento. Pero lo que más le llamó la atención fue el brillo despampanante de las aguas relajadas, celestes y taciturnas del Caribe de día, que intuía con sus ojos cosidos de muerto.

En medio de ese ambiente exacto y paradisiaco, el gentío que conformaba la caravana se unió todavía más a través de una afinidad electiva sin precedentes humanos. Todos estaban relajados e inmóviles. La única oposición existente en el país parecía estar ahora conformada por el cuerpo contrariado y en movimiento de hélice del difunto Artiaga.

El cuerpo estuvo por detenerse y los gritos y los “yo no fui, yo no fui”, terminaron con la calma. Alguien, no se podría decir con exactitud quién, le dio un empujón y de nuevo el muerto comenzó a girar, esta vez de mala gana.

Según cuentan, el momento de tranquilidad anterior al incidente fue tal, que muchos afirman haber visto en esa playa al hijo de Soledad, diminuto y casi imperceptible, visto que la madre tenía solo un mes de embarazo, escapando del vientre de ella por algunos instantes y nadando puerilmente por toda la orilla. Claro está, que una vez que el cuerpo de Pedro estuvo por detenerse, alborotando a todos los presentes y creando el caos, el todavía no nacido Pedrito Segundo, asustado, se metió otra vez en el calorcito materno de Soledad y se hizo el dormido para que no lo regañaran.

Al cuerpo lo habían paseado ya por medio país y la gente era mucha. Toda la población, podríamos decir. Pero ni los pescadores, ni ningún otro inédito personaje lo había logrado cambiar de posición.

Nadie quería perderse la fiesta ilimitada que había improvisado esa muerte. O tal vez, nadie quería no estar presente cuando ese muerto se detuviera del todo, dando con el paradero definitivo del culpable de su muerte inesperada durante ese 11 de abril cualquiera. Quizás la verdad era que nadie quería que lo culpasen en su ausencia o, simplemente, lo culpasen por no estar ahí, por ausente.

Cualquiera fuesen las razones, lo cierto era que a ese cuerpo todos lo seguían, incluso aquellos que no encontraban más diversión en la caravana, los que habían perdido toda esperanza, los sin trabajo, los que no tenían nada mejor que hacer, los ilusos, los cobardes, los corruptos, todos, llevados por una inercia arrolladora e irracional cuyos paradigmas eran los perros callejeros y los generales cansados de tantos soles aburridos y metálicos pegados en eso que una vez fueron pechos atléticos y ahora solo prolongaciones de una barriga sin precedentes.

Toda esa gente se dirigía hacia las inmediaciones del centro del país, específicamente a los llanos venezolanos, zona de hombres con sombreros, arreo de vacas, caballos salvajes, arpa y maracas, donde el sol es tan inmensamente redondo a la seis de la tarde, antes de acostarse, que muchos lo confunden con un cielo desconocido o con un dios obeso que en cualquier momento podría caer sobre sus tierras planas y extensas.

Alguien había encontrado allá un caballo exorbitante, gigante, desproporcionado, cuyas patadas podían, no solo hacer cambiar de posición el cuerpo, sino también destruir cualquier cosa que tocaran. Bastaba que su amo, un llanero pura sangre de nombre Ramírez Otrora, le susurrara al oído la

mágica palabra francesa: *merde*. Al escuchar esa palabra toda entera y bien pronunciada por la voz contralta del señor Otro-ra, el caballo no lo pensaba dos veces y soltaba una patada que, según se dice en los llanos, había incluso resucitado a un elefante muerto de tristeza, propiedad de un circo perdido y arruinado que había pasado sin nombre por esas tierras.

Los llanos, en medio de sus charcos y los sonidos polifónicos de todos los animales cantores de por ahí, estaban preparados para la llegada del mitológico cuerpo de ese muerto del cual tanto se hablaba. El hecho fue que ese cuerpo nunca llegó, visto que, ya casi llegando a Carúpano, fue víctima de un grave atentado que había sido perpetrado por ciertas personas cuyo paradero momentos más tarde no fue más un misterio.

Resulta que mientras el cuerpo estaba casi por entrar en la población, encontrándose ya de espaldas al mar, alguien, no se sabía hasta ese momento quién, apretó un botón y ¡bum! El cuerpo salió volando junto con Soledad Noriega, su bebé asoleado y el gordo Elieser. Momentos más tarde, después de varias horas de vuelo, los cuatro cayeron en el valle de Caracas, lugar de donde había salido la caravana.

Pedro cayó justo de frente a la embajada de Estados Unidos. El cuerpo, a pesar del duro golpe que recibió, no cambió su posición. Cayó acostado con su dedo y postura de estatua de la Libertad, señalando la embajada.

Por su parte Soledad, el bebé y Elieser cayeron por entre unas ramas, cerca de la principal plaza de la capital, la plaza Bolívar, donde un grupo de personas comenzó a aplaudirlos. Por donde quiera que pasaban, la gente aplaudía.

A Elieser todo eso le sentaba más que bien, visto que lo único que él quería era la unidad del país y vaya si se estaba logrando. Lo que lo preocupaba era la muerte de su amigo, pero como él decía:

—Ya no me preocupo mucho porque, por lo que veo, este amigo mío está más vivo que yo. Es más político muerto que vivo, está más vivo muerto que vivo.

A Soledad no le costó mucho encontrar el cuerpo. Le bastó con escrutar el cielo para descubrir la posición de los

helicópteros de los periodistas y los militares jugando a la guerra fría con el cuerpo caliente de Pedro. Debajo de los helicópteros estaría sin duda su difunto.

Después de haber caminado un poco, a unos cuantos metros de ella, vio un bululú de gente empujándose para ver al muerto más importante de la historia del país. Soledad llegó corriendo con su bebé que saltaba diminuto allá adentro y que, con los saltos de la madre, aprovechaba para sacarse el agua salada que aquel baño inesperado en el Caribe le había dejado en los oídos.

Cuando ya estuvo por llegar al cuerpo, haciéndose camino entre la multitud, unos marines estadounidenses gigantes, con pechos de dos metros y lentes oscuros, salieron dando vueltas en el aire, como lo habían visto desde pequeños en sus películas, y con mil implementos inútiles de guerra detuvieron a Soledad y a su bebé completamente asustado, ya que nunca había visto un gringo:

—¡Ah!, son así los gringos —dijo consternado.

Ella trató de gritar, pero en ese momento el silencio se hizo sepulcral. El mismísimo presidente de Estados Unidos, que no se sabía por qué oscuro motivo estaba durante esos días del golpe militar en el país, salió a la luz pública con su paso de pato Donald jobado.

El presidente, escrutando a Soledad Noriega con una mirada irónica y sin pestañear, se acercó muy pausadamente al cuerpo del difunto, extrajo una hoja de su traje y con voz estadounidense leyó:

—No fuimos nosotros los responsables. Gracias.

Terminada su breve alocución, y sudado por el esfuerzo despampanante para un anglosajón de leer un discurso en medio del humo caliente del mediodía caribeño, empujó con su dedo índice el dedo índice de Pedro, señalando la embajada estadounidense. El cuerpo comenzó de nuevo a girar sobre sí mismo.

Al parecer no había más nada que hacer. Nadie lograba cambiar de posición a ese bendito cuerpo. La última desesperada solución consistía en un milagro sobrenatural, y se encontraba en el occidente del país. Específicamente en Maracaibo,

llamada también la ciudad del sol amada, entre otras cosas, por la inclemencia de un sol tan fuerte que obliga a sus habitantes a meterse cada cinco minutos en las aguas dulces de su lago de playas arenosas y palmeras refrescantes. Tal vez este sea el motivo por el cual muchos maracaiberos, debajo de sus ropas humanas esconden escamas y aletas que no mostrarían a nadie, ni siquiera a cambio de la fortuna más grande.

En esa ciudad un grupo de gaiteros devotos de la virgen de Chiquinquirá, a través de cantos con cuatro, furro, tambora, charrasca y, sobre todo, textos de amor inauditos, dirigidos e inspirados por esa virgen, la logran conmovier a tal punto que cualquier petición que expresen se las dona sin reconcomios, como premio a esa devoción sobrenatural.

Esos gaiteros eran famosos en toda la costa. Sus noches de parranda y serenatas frente a la basílica blanca y amarilla de la virgen Chinita, como la llaman ahí, eran conocidas hasta en las lejanas tierras áridas de la ciudad de Coro.

Según cuentan, un día la virgen llevó a esos cinco gaiteros al cielo. El hecho sucedió un 18 de noviembre en el que fueron tantas las gaitas que esos cinco hombres cantaron, tanta la belleza de los poemas musicalizados, tanta la fuerza de sus tambores y las sonrisas desperdigadas por horas y horas, que la madre de Dios, en un arrebató de locura teológica, los llevó por esa noche, al trono del hijo que reina allá arriba en el cielo, y ahí formaron un alboroto tal, que quedó registrado en los anales de los archivos secretos vaticanos.

Ese 18 de noviembre el cielo se convirtió en una fiesta inaudita que dejó a los filósofos y teólogos padres de la iglesia boquiabiertos. Vírgenes de todas partes del mundo se paseaban con los zapatos en las manos, entre risas chillonas de mujer bebida e incontrolables chistes en latín. Angelitos sin pudor, con demasiado vino en la cabeza, volaban sin control con un ala que iba a la izquierda y otra a la derecha. Esos cinco gaiteros cuentan que, incluso San Pedro, cuando bebe se convierte en un apostador empedernido, y en medio de un juego de dominó de muchas horas con uno de los gaiteros, había perdido la llave santa que abre el cielo.

De lo que hizo el hijo de la virgen, Jesús, los gaiteros no afirmaron nada visto que, según lo que les fue dicho, era secreto de Estado, castigado con los infiernos.

La fiesta fue tal, que hasta el Papa tuvo envidia y le quitó el habla a medio cielo y, sobre todo, a su coro de niños por no haber hecho nunca con sus voces blancas angelicales, sus misas a cuatro voces y sus horarios estrictos lo que esos maracaiberos borrachos y barrigones lograron.

Consternados por las increíbles hazañas que esos gaiteros contaban, el país entero no tuvo más dudas y en procesión magnífica llevaron el cuerpo de Pedro Artiaga para Maracaibo. Pero no sin antes cumplir con las condiciones de esos cinco músicos. Ellos pedían que el obispo fuera exiliado a uno de los puestos burocráticos de por vida en el Vaticano con los cuales son castigados y olvidados muchos sacerdotes del mundo. También pedían sumos poderes religiosos y jurídicos sobre la zona de la basílica en la cual se encontraba la virgen, visto que querían convertir el lugar en una eterna parranda.

Las peticiones fueron aceptadas debido a la urgencia del momento y vistas también las ganas incontrolables que el señor Carlos Esvelto tenía de mandar. Para ese magnate del empresario ese jueves 11 de abril era una oportunidad sin precedentes para tomar todas las decisiones megalómanas e improvisadas, sin ningún obstáculo, como siempre lo había soñado.

Fue por ello que, sin ningún remordimiento, le dijo a los cinco gaiteros:

—Al exilio ese viejo verde del obispo y la basílica es toda de ustedes para que hagan una discoteca si les da la gana.

Al poco tiempo, el cuerpo de Pedro ya estaba llegando a la ciudad de Maracaibo. La multitud era tal, que para esa ocasión el puente que atraviesa el lago de Maracaibo no bastó. Aunque este sea un puente inmenso, cuya construcción tardó años y años, ese día, antes de que la peregrinación a la basílica de Chiquinquirá llegara a las riveras del sur del lago, ya había ahí 43 nuevos puentes. Todo estaba listo, entonces, para hacer pasar a todo el que quisiera presenciar cómo, por medio de las plegarias gaiteras, la virgen intentaría suavizar el cuerpo de Pedro Artiaga.

Finalmente, la Chinita lo haría descansar en el camposanto de su desdicha, acostado y con las manos cruzadas, como es el deber de todo muerto católico, apostólico y romano.

Después de pasados los 43 puentes el gentío era tal, que las calles no bastaron y muchas de las casas de mil colores del centro de Maracaibo, tuvieron que alzarse de sus cimientos, haciendo uso de sus patas automáticas inventadas por los indios guajiros, siglos atrás, para contrarrestar las inundaciones frecuentes del lago. Vistas desde lejos, esas casas parecían señoritas con las faldas un poco levantadas para saludar a quizás qué pasante. Fue de este modo que millones de venezolanos y extranjeros ahí presentes pudieron pasar por debajo de ellas.

Los últimos de los peregrinos ya estaban llegando a la basílica, en eso que parecía ser la última cola gigante. Pero eran tantos que parecían multiplicarse en una cola infinita que por los siglos de los siglos seguiría estando. Por este motivo, los cinco celestiales borrachos prefirieron comenzar en ese momento con sus canciones.

Después de la tercera canción ya la virgen estaba llorando de emoción. Entonces ellos aprovecharon y sin dudar le dijeron:

—Virgencita, virgencita, estamos aquí para que nos salves, para que salves a tu pueblo venezolano de uno que nos está señalando a todos como los responsables de su muerte capitalina.

La virgen escuchó con atención y preguntó con curiosidad cómo se llamaba el muerto.

—Pedro Artiaga —respondió el tamborero del grupo.

La virgen se puso las manos en la cabeza y con voz desesperada afirmó:

—No mijo, ese muerto no es mío. Nosotros no lo matamos. Figúrate que hasta aquí vino a dar una cierta Soledad Noriega preguntando si el hijo mío lo tenía por casualidad escondido en el cielo. No, yo no me meto en política y pa' cá no me lo traigan, no vaya a ser que ese trompo fúnebre se ponga a señalar santos, beatos, ángeles, arcángeles, vírgenes y hasta al hijo mío muerto en la cruz por la redención de los pecados. Amén.

Afortunadamente al cuerpo lo habían dejado fuera de la basílica mientras los cinco gaiteros hablaban con la virgen, porque

muy bien es conocida la malacrianza de los entes celestiales, con quienes es mejor ser diplomáticos.

Lo cierto es que el pueblo no pensaba lo mismo que la virgen. Muchos decían que los de arriba están para que nos ayuden a los de abajo, si no cuál es el trabajo de ellos y por qué le tenemos que estar dando dinero de gratis los domingos. Otros se esforzaban por gritar al cielo:

—¡Así nos pagan esos mirones! ¡Porque lo único que saben es mirar! ¡Mafiosos, eso es lo que son los de allá arriba!

Muchos quisieron linchar al grupo gaitero por creerlos enviados de Dios para joder a los de abajo. Otros vestían a las monjas con vestidos rojos, zapatos con tacones y maquillaje de payaso, y se las rifaban en las cervecerías. La gente blasfemaba, quemaba aburridos monaguillos y enormes obispos en las plazas de toda Venezuela, que de la noche a la mañana se había convertido en el país más ateo del planeta.

Ya no había más nada que hacer. Pedro Artiaga continuaba señalando a todos como los responsables de su muerte y ni el cielo quería intervenir.

El gobierno golpista se demostró incapaz de modificar la posición del muerto y la situación se les estaba escapando de las manos: empresarios, sindicalistas, militares, gobernadores, clero, obreros, policías, profesionales, amas de casa, fetos, minerales, casas de lata, mares, hambre, flora y fauna, santos, dioses, todo lo venezolano le estaba echando la culpa de la muerte de Pedro a todo lo otro que fuera también venezolano. Y todo por culpa de ese dedo traidor empeñado en una verdad demasiado costosa.

Después de la reunión extraordinaria entre generales golpistas la decisión era evidente: “Hay que traer de nuevo al presidente derrocado. Esto se jodió”.

Los generales y el presidente autoproclamado, Carlos Esvolto, salieron corriendo con las manos dirigidas hacia el cielo, en un gesto inédito que hizo pensar a todos los venezolanos que los golpistas estaban escapando de su suerte política. Pues no. Estos se dirigían simplemente al lugar donde habían escondido al presidente derrocado, para hacerle saber la necesidad inmediata que el pueblo tenía de sus tácticas políticas contra el cuerpo inquisidor de Pedro.

Era un hecho que con la imaginación política sin límites y, sobre todo, el don autóctono de resolver que poseía el presidente derrocado, habría encontrado una solución magnífica y mayoritaria contra ese muerto acusador que tenía al país en jaque.

Fue así que todos los venezolanos, al ritmo de salsa, merengue y bachata, fueron a buscar al susodicho derrocado. Todos gritaban su nombre, lo pedían con aclamaciones que poseían el rango de adoración.

Al presidente derrocado lo habían escondido en una isla diminuta en el Caribe llamada La Orchila que, a pesar de que

hiciera parte del territorio nacional, ningún venezolano no-militar conocía. Pues allá fue a dar ese montón de gente en una caravana, todavía más grande de la que se había improvisado para ir a ver a la virgen de Maracaibo.

Las lanchas de los pescadores del oriente del país se alquilaron todas y, es más, tuvieron que contactar a pescadores de Aruba y Curazao para que alquilaran ellos también las suyas. El pueblo había sacado dinero de no se sabe dónde para alquilar la propia lancha y estar en esa isla para cuando saliera el presidente derrocado. Además, el pueblo venezolano demostró, una vez más, que la multiplicación del dinero para comprar ron es un milagro común por aquellas tierras.

Una vez llegados a la isla comenzó, ahora sí, el verdadero delirio. Los gritos fueron tales y la efervescencia tan grande que hasta en el Líbano se escucharon los “queremos a nuestro presidente, queremos a nuestro presidente”.

Pocos instantes después el presidente derrocado salió triunfante y con el puño izquierdo levantado golpeando la mano derecha.

El presidente derrocado retomó entonces nuevamente su poderío sobre todo lo físico y metafísico del territorio nacional.

Ya revestido con todos los poderes posibles, que de ser tantos lo hicieron aumentar de peso, se dignó por fin, después de tantas súplicas, a preguntar:

—¿Cuáles son esos grandes problemas de los cuales todos hablan?

Uno de los ministros le susurró con miedo pero de forma tranquila:

—*Los*, no, señor presidente, la pregunta sería cuál es *el* problema.

Entonces el presidente agregó:

—¿Cuál es ese bendito problema? Hable, que para eso lo nombramos.

El ministro le explicó con lujos de detalles todo lo que había ocurrido durante ese jueves 11 de abril: comenzó con el cuerpo tirado en esa avenida de un cierto Pedro Artiaga que, a causa de la insistencia de su viuda, se convirtió en pocas

horas en una preocupación internacional y, un poco después, en héroe nacional adorado por todo el pueblo.

—El problema, al inicio, fue su desaparición, señor presidente. Nadie sabía dónde se encontraba y quién lo había secuestrado.

—Y, ¿quién fue? —preguntó con voz grave el presidente.

El ministro respondió la verdad, que no se sabe todavía, pero que lo importante fue que apareció en el río Guaire abrazado a otro muerto sin zapatos, y cuando todos estaban celebrando la aparición providencial del cuerpo, resulta que el muy malagradecido se puso a señalar culpables de su muerte por todo el país con su brazo levantado, como quien quiere preguntar algo, y con su dedo índice disparando sentencias.

Un silencio caníbal cubrió a todo el país: el presidente estaba reflexionando. Después de un poco, la pregunta que salió de la boca del presidente fue lógica:

—¿Y por qué no le bajan el brazo y entierran de una buena vez a ese pobre muerto?

La respuesta del ministro fue todavía más lógica. Bueno, lógica para todos a excepción del presidente, visto que él estaba encerrado en esa cárcel insular, y no había seguido la aventura del cuerpo por todo el país:

—Resulta que el cuerpo no se quiere mover de su posición. Ni siquiera la virgen de Chiquinquirá, que hasta a usted le dio una mano para llegar al poder, pudo hacer algo contra la terquedad del cuerpo. Ni ella, ni el robacarro más rápido del barrio, ni los robustos obreros congoleños del sindicato, ni la playa más relajante del Caribe, nadie, ninguna cosa o persona ha podido relajar la verdad de ese cuerpo rocoso.

El presidente sonrió con una sonrisa de esas suyas, una sonrisa típica de quien encontró la irónica solución. Esa solución que todos esperaban, la única, la exclusiva solución en la que nadie había pensado porque, a fin de cuentas, nadie era él, el presidente, el que había seducido hasta a quien lo odiaba, no para que lo dejara de odiar, sino para que simplemente lo votara sin darse cuenta, hechizado, porque él sabe, como buen político que es, que la política es cuestión de dos más dos son cuatro, y que todo lo otro es interpretación retórica y vacua de la democracia.

Él había encontrado el truco. El modo de seducir también a ese muerto, no obstante el muerto mismo no estuviera de acuerdo. Por ello, en ese momento, con voz tolerante y constitucional, dijo delante de la mirada preocupada de Soledad Noriega ahí presente:

—Pero por qué se les metió en la cabeza de mover a ese heroico muerto revolucionario. Hay que respetarlo. No hay que obligar a nadie a hacer nada. ¡Respeto!, señoras y señores.

Todos se preocuparon todavía más. Pero esa preocupación no era más fuerte que la inmensa consciencia escondida que les hacía predecir que ese político tenía una solución entre manos. Además, a la fama de inocente que había heredado ese presidente después de ser víctima del golpe, no le convenía que ese muerto, en un arrebató de sinceridad, lo señalara, también a él, como culpable de su muerte. ¿Qué habrían dicho todos en el extranjero de un presidente que regresa después de un golpe y viene declarado culpable por un muerto manifestante?

El presidente había regresado con la intención de unir al país, y en ese muerto había encontrado una oportunidad sin par. Ese dedo había hecho por fin poner de acuerdo a todos los venezolanos: nadie lo soportaba más.

Ese día se había improvisado en la capital una fiesta nacional apoteósica y sin fines de lucro, visto que la comida, la bebida y los vestidos de lujo fueron prestados, por un día, a todo el pueblo por parte de los magnates que momentos antes habían perpetrado el golpe.

Aprovechando la ocasión, el presidente, ese mismo domingo 14 de abril dio su solución.

Decretó en un discurso, que duró tanto que nadie puede dar seguridad de que, todavía hoy, haya terminado, que el cuerpo del ciudadano difunto Pedro Artiga fuera colocado en la plaza Bolívar de Caracas, tomando el lugar del Libertador:

—El cuerpo deberá ser colocado de pie, es decir, en posición vertical, para que su dedo puntiagudo pueda señalar con toda libertad al verdadero culpable de todos los problemas del país, de la muerte de ese ciudadano y de lo ocurrido durante esos días de abril.

EPÍLOGO

Después del decreto presidencial fueron tantos los que hablaron con la viuda Soledad Noriega para convencerla de que el verdadero culpable había sido descubierto; tantos los jóvenes apuestos que, pagados por los gobiernos del mundo, trataron de enamorarla para que olvidara a Pedro; tantos los zapatos, las cremas de belleza y los peinados que le hicieron a esa mujer para desconcentrarla de su recuerdo; tantos los *flash* de fotografías históricas; tantos los diplomáticos que la visitaron para proponerle asilo político y nacionalidades convenientes; tantos los médicos y clérigos que le quisieron llevar a su niño en cuerpo y alma al cielo, por miedo de una revuelta política faraónica guiada en el futuro por ese infante; tanta, en fin, la presión cósmica, que Soledad Noriega, turbada por la avalancha colosal de su tristeza musculosa y egocéntrica creyó en todo lo que se le dijo, o mejor, escogió creer en todo lo que se le dijo, en cada palabra, cada foto, cada promesa de amor y, en un arrebato inconmensurable de credulidad para con el mundo, hizo nacer a su muchacho, lo vistió de arlequín, se vistió a ella misma de loca, se fue a la plaza donde estaba Pedro, y se construyó una casa de cartón debajo de su cuerpo hecho estatua, en donde metió todos sus regalos magníficos e interminables: cremas de la juventud eterna, zapatos de oro puro, perfumes de la Rue Mouffetard, pasaportes dorados, joyas inverosímiles, fotos con actores de cine, inmensas obras de arte contemporánea, dedicatorias en libros de marfil, animales en extinción, astronautas heroicos, vestidos de noche...

Pero eso que parecía una casa de cartón, en realidad no era una casa, sino más bien un cuartel. El cuartel de la loca Noriega y su hijo sucio vestido de arlequín. Cuartel donde esconde todas sus municiones, es decir, las piedras que durante todo el día la loca recoge por toda la capital y que, junto con su arlequín sucio, en las noches le lanzan al cielo, en su guerra declarada contra el culpable de la muerte de su Pedro.

Al inicio la loca Soledad no estaba convencida de que fuera el cielo el verdadero culpable de la muerte de Pedro, como se lo dijeron todos después del decreto presidencial, pero la demostración era evidente: ella no tardó en comprender que a cada ataque suyo contra el cielo, había una respuesta del cielo contra ella, que cada piedra que lanzaba con rabia y obstinación, también el cielo se la devolvía con la misma rabia y hasta con la misma velocidad. Ella no tuvo más dudas.

LOS ESPEJOS NO ESCOGEN A QUIÉN MIRAR

CUENTOS CORTOS

ESE OBJETO EXTRAÑO QUE NOS PERSIGUE

Es de mañana, temprano, demasiado temprano. Suena el despertador como todos los días. Qué extraño, no lo escucha. Duerme como un muerto. De hecho, sueña como un muerto. Está en su urna y percibe tantas cosas que pasan por entre sus ojos cosidos de muerto. Ve manchas que pasan y no tocan su faz todavía fresca, gente que se le acerca como para mirarlo, como para saber si está muerto de verdad. Siente que su lugar de descanso, su urna, casi está por caerse y se da cuenta que es solo uno de sus primitos, que obsesionado por ver a su primer muerto, trata por todos los modos de asomarse y convertirse en una sombra más. Afortunadamente su intención fue detenida por su madre quien lo toma, le da una nalgada de mentira y aprovecha para verlo, a él, al muerto. Era un funeral muy desordenado, entre tantas sombras que pasan por su cara, tantos cafés fríos y llantos perdidos que se confunden con sudores. La única cosa que parecía verdaderamente existir ahí era el muerto y su impotente intención de abrir los ojos.

Suena todavía más fuerte el despertador y por fin cumple su cometido. Entre el calor asfixiante de pleno verano, el sonido incesante de automóviles que van al trabajo con personas esquizofrénicas adentro y el opaco semblante de aquella ciudad que una vez fue tan bella, se descubre despierto en la cama Agustín Pereira. Mira el techo y una sensación de no se sabe qué se le revuelca encima. Sintió que se tenía que levantar, vestirse y salir, así, un poco desordenado pero elegante como lo hacía siempre. Sintió también que tenía que tomar un bus, hacer treinta y tres minutos de tráfico y llegar hasta uno de los tantos edificios del centro con aspecto de los años sesenta. Sintió tantas cosas de esas que hieden a responsabilidad que, al final, en el hastío de tantos días iguales y el momentáneo rechazo cósmico por todo eso, decidió hacerlo, una vez más, prometiéndose que dentro de poco todo cambiaría. Y así fue.

Apenas salió, algo lo estaba esperando, justo en las escaleras de la entrada de su casa alquilada desde hacía más de trece años. Salió y así, simplemente, como si nada, encontró ahí un objeto extraño. Como era su costumbre y la costumbre de todos los no creyentes, no solo en Dios sino en cualquier cosa, hizo como si eso que estaba viendo en realidad no existiera. Siguió caminando con un poco más de pensamientos en la cabeza, pero caminando al fin. Fue hasta la parada del bus y esperó unos quince minutos entre las miradas de una mujer embarazada, que más tarde todos conocerían como La loca Noriega, y un joven con sus mismas características sociales: un poco moreno, visto el sol inclemente de esa ciudad; un pantalón negro con aires de seriedad oficinista; una camisa manga larga, cansada de ser lavada, y una corbata no muy ancha de esas que se usaban exactamente diez años antes. Todo eso con un poco de sudor del día anterior y unas cuantas gotas un poco ácidas que comenzaban a brotar en formas de pequeñas burbujas en su espalda y en la parte inferior de su frente.

Llega el bus con su cansancio de siempre y lleno de tantas personas, animales y objetos contundentes. El medio de transporte es de muchos colores, tal vez de todos los colores del mundo, divididos entre líneas rectas, mensajes de nacionalismo y máximas populares. Dentro de este la diversidad de objetos haría pensar en cualquier fondo de cualquier mar del mundo: cucharas, espejos, gallinas, celulares, medallitas de la virgen del Perpetuo Socorro, discos de vinilo, cédulas de identidad perdidas pegadas en los espejos esperando por sus dueños, cajas de mudanzas, colchones doblados por la mitad y más o menos ochenta personas, entre las que estaban adentro y afuera, colgando de las ventanas y de la única puerta de acceso que funcionaba. En ese ejemplo de tolerancia e improvisación caribeña estaba él, subido, sudado, tocado, pateado, pisado, ya cansado, pero sobre todo normal, él con su normalidad a cuestas.

Bajó del autobús y estaba más o menos en horario: cuarenta y cinco minutos de retraso. Ya seguramente había perdido el primer café de la oficina y las críticas machistas de las secretarías viejas contra las minifaldas de la señora Sulbarán. Apenas

tomó la primera de las anchas calles del centro, se dio vuelta, así de pronto, y otra vez vio a ese objeto extraño que lo perseguía.

Ya sin más paciencia y con un poco de improvisación, se detuvo de pronto y volteó de nuevo su vista. Ese objeto extraño también se detuvo y lo miró fijamente. Continuó caminando y después de poco comenzó a correr con su corbata que se movía de un lado al otro, saltando al ritmo de los huecos de la carretera que él esquivaba de forma olímpica. Se detuvo de nuevo y ahí estaba ese objeto. Entonces, ya cansado, entró en el primer café que encontró y se sentó, consciente de que su retraso esta vez sería de los mejores de su oficina. Se dijo que ya de frente a un café y un emparedado pensaría un poco más sobre ese objeto extraño. “Quizás es el hambre, algunas veces te jodé”, pensó.

De todas maneras si era eso, ya estaba más que acostumbrado, visto sus orígenes sociales y dado muchos de los días de su vida actual. No había bebido, desde hacía tiempo no fumaba y... “es extraño, a qué se deben estas alucinaciones”, se escuchó decir. Se frotó un poco sus ojos con los puños cerrados, los abrió y trató de individuar algo, pero solo vio manchas fluorescentes y después, al poco tiempo, a esa cosa extraña otra vez detrás de él, sentada en las últimas sillas del café. Entonces, ya sin paciencia, visto que cada vez que él se volteaba esa cosa también se volteaba, colocándose siempre justo detrás de él, decidió retroceder lentamente mientras se mantenía sentado en la silla. Esta, arrastrada por el piso de mosaico viejo, creó un ruido de esos que dan dentera, pero nadie pareció darle importancia. En la mente de todos esos amanecidos del centro de la ciudad cualquier acción está, ya desde el principio, justificada por el cada día imposible de ese país.

Cuando ya estuvo cerca de ese objeto extraño por fin la pudo individuar en toda su majestad y en sus rasgos sutiles y brillantes. Era perfecta, equilibrada, rápida. Tenía el aspecto de algo eficaz, definitivo, conclusivo. Parecía un objeto divino, eterno, algo especial. Con ese aspecto delgado y ese peso y sus metales mezclados armónicamente y, sobre todo, esa pequeñez que inspiraba respeto, con el olor a vida y muerte que poseía, con las facciones de desesperación y supervivencia.

Era en realidad un objeto extraño. Trató de hablarle, pero ese objeto extraño no le respondió y francamente era mejor así. La respuesta tal vez hubiera sido la prueba irrefutable de la locura de ese hombre. Él lo observó, por largo rato, como mirándolo a los ojos, y tal vez entendió.

De ahí en adelante la costumbre hizo un poco de su parte y, como todas las cosas en ese país, también ese extraño objeto y ese hombre entraron en la unión perfecta y olvidadiza del cotidiano y la costumbre caribeña. Fueron varios años repletos de días hechos del mismo modo: de trabajo, de retrasos, de amores pagados con cervezas, ron y salsa, de autobuses embarazados de la palabra “todo”, de sonidos de mar y de un poco de hambre, cuando los amores (cervezas, ron y salsa) no dejaban para más. La relación entre ese objeto extraño y su amigo ya desde hacía varios años era permanente y resignada. Tenía la semblanza de uno de esos tantos matrimonios acostumbrados o del despertador responsable, que andaba incluso sin pilas con tal de “joderme la vida”, como solía repetir él.

Ese objeto estaba siempre ahí, incluso en los momentos de más pasión y pudor. Afortunadamente en esos casos tenía la delicadeza de voltearse y no presenciar el espectáculo del sexo durante aquellas noches calientes y arenosas. Pero estaba siempre ahí, presente, como esperando, con sus ojos bien abiertos y su cálculo con olor a destino y pobreza, con su mezcla de elegancia y violencia, con sus ganas, a veces solo con eso, con sus ganas.

Un día, uno de los tantos días iguales y al mismo tiempo absurdos, el hecho sucedió tranquilamente, como suceden las cosas ahí, sin mucho alarde de triunfalismo o victimismo, sin mucho escándalo o mucho silencio. Pasó. Así. Pasó y ya. Fue una noticia, solo eso. Quién sabe por cuál motivo, intención o circunstancia, mandada por quién o para qué, quién sabe si sucedió para resolver qué cosa o aliviar qué dolor o crear qué alegría. Esa noche, eran quizás las diez y treinta de la noche, ni siquiera muy tarde era, Agustín Pereira sintió de manera súbita y relajada una bala, que ya decidida, entró justo en la parte superior izquierda de su espalda, pasando sutilmente y

sin paradas por cada uno de los instantes de su cuerpo, dividiéndolo y descubriéndolo en un solo instante para realizar la magia de la muerte, al salir de forma precisa por la parte inferior de su corazón ya un poco jorobado y caer justo entre las medias sucias, al lado de algunas latas de cerveza vacías y dobladas y una televisión prendida Panasonic año 1976. Esa bala ahí tirada, manchada de un rojo vida, sin trabajo. Muerta.

MI QUERIDA HOJITA

Cuando todo comenzó yo todavía no sabía qué era el bien y el mal. Fue una Navidad, recuerdo. Las nubes grises habían bajado, todas juntas y las calles eran largas prolongaciones del cielo. Tenía tanto frío cuando todo comenzó, que en medio de mi temblor apenas pude escuchar los primeros gritos y discusiones. No tardó mucho para que eso que eran lejanas peleas familiares, se convirtieran en la masacre de sentimientos más importantes de nuestra vieja casa.

En ese diciembre, una de esas nubes grises entró por la puerta entreabierta de nuestras navidades y se quedó ahí por mucho tiempo: mi abuelo Cornelio Asdrúbal Puentes sufrió un infarto. La familia se volvió un crucigrama indescifrable cuyas letras no tenían nada que ver entre sí. Todo era gritos y manos frías que sudaban y esperaban. Todo se resumía en mordiscos silenciosos a la almohada del ansia, o en llantos de rabia entrecortados.

Todos hablaban en voz baja de algo que solo entendí el día en que murió el abuelo. Se puede decir que todo comenzó con la llegada de esa mujer. Era de corporatura frágil y frente corta, cabellos negros y piel tersa y mulata. Llegó del *más allá* de los sueños del abuelo. Era una enfermera que tenía la misión de velar por las angustias de su vejez, pero entre desayunos y tiernos regaños de enfermera ella se convirtió en la enfermedad mayor del abuelo.

La imagen más clara que guardo del abuelo se remonta al día en el cual, por equivocación, abrí la puerta de su cuarto sin tocar. Era domingo y la casa estaba vacía. Todos se encontraban en la misa de las diez y media. Recuerdo que cuando pude ver sus ojos alegres y su piel erizada, las campanas de la iglesia habían comenzado a repicar: fue una escena en blanco y negro. Él estaba completamente desnudo, como nunca lo hubiera imaginado, con sus brazos abiertos en cruz. Parecía un crucificado alegre y majestuoso en esa mañana dominguera.

A su lado se encontraba ella, reposando como un muerto en esa cama ancestral. Ella temblorosa pero tranquila, humana. También desnuda de una desnudez exacta, nítida. Sus cuerpos se reflejaron en mis ojos brillantes y abiertos: me enamoraba de un solo golpe y por única vez en mi vida.

Quiero aclarar que mi amor por esa mujer no se separa del amor que siento por esa imagen de ellos dos en la cama. Amarla es amar su cuerpo desnudo junto al del abuelo. Es algo así como un amor trino, es de nosotros tres y así se mantendría por siempre. Quizás sin esa fotografía en blanco y negro que el recuerdo me dejó, ella sería una mujer cualquiera.

A pesar de mis trece años, eso que sentí en ese instante nunca cambió ni de rango, ni de intensidad. Fue un sentimiento salado, dogmático, injustificado y secreto. Después que supe que ellos sabían que yo sabía lo que nadie sabía ni podía saber sobre sus relaciones furtivas, no me quedó más nada que cerrar la puerta de ese cuarto con toda la fuerza de mi miedo. Fue como una corazonada que se me quedó sellada en el alma con el ruido de esa puerta cerrándose que todavía oigo. En mi ingenuidad, creía que ellos siempre temieron que mi silencio no durara mucho, aunque —me decía— en el fondo ellos estaban seguros de que yo nunca hubiera hablado.

A partir de esa mañana todo cambió en mí y en ellos y, en realidad, en toda la familia. Yo había adquirido de pronto otro estatus. Yo para todos era ahora un adulto silencioso y de ojos bien abiertos. Parecía que el universo mismo hubiera sabido de mi hallazgo. Yo para todos era otro. Todos me trataban con un respeto monárquico que solo entendí años después, cuando me di cuenta que era simple vergüenza adulta. La explicación de todo ese trato particular era simple: todos, especialmente la abuela, sabían de esas relaciones que, delante de mí, definían como extrañas y ambiguas. Ni la abuela, ni nadie nunca se atrevieron a desorganizar ese silencio tan bien ordenado. Según mi interpretación de las cosas para ese momento, esa ceguera familiar parecía ser más suave que el duro golpe que implicaba tener que cargar con un viejo traidor que en cualquier momento podía morir.

Como sucede siempre en las historias escondidas, todo se desarrolló tempestivamente. Por entre las enredaderas y los arbustos del grandioso jardín salvaje de la casa, el cuerpo de esa enfermera de mirada oscura y olor rancio se enredaba en las sensuales arrugas del abuelo. El cuerpo del viejo era frondoso y daba una sombra protectora no solo a la familia, sino ahora también a esa joven. Él era un árbol alto, grueso, erguido, en el cual se protegían hasta los espíritus más agitados de la casta. En él las debilidades de todos tenían reparo, así como las debilidades suyas tenían reparo en el húmedo cuerpo de ella. No tardaron mucho en encontrarla rondando desnuda por los pasillos claros de la casa, con sus senos plateados mirando a todas partes y sus nalgas transpirando los recuerdos familiares.

En los días de sol, policías enviados por los vecinos de ese barrio rico y famoso por su tranquilidad vieja, llegaban a bajarla del techo en el cual la encontraban sin vestidos y con las piernas abiertas como luchando contra el sol. Replicaba y se defendía contra la autoridad de los agentes sosteniendo que una vagina soseada en sus profundidades menos visibles, era un acto de respeto para con el viejo casi ciego. Afirmaba con una seriedad casi académica que, visto que las noches invernales de sus juegos al escondido terminaban en tectos y chupones, era necesario que la lengua del abuelo sintiera el sol que no podía percibir con la vista y, que sus dedos sintieran el calor de la vagina que no podía admirar.

Después de un tiempo el abuelo había rejuvenecido al menos cuarenta años, a pesar de que sus ojos reflejaran una muerte que se divertía esperando lo que pasaría en esa familia tolerante. Esa nueva juventud parecía dar fastidio —cosa que yo no entendía— a los miembros de la familia. Todos comenzaron a criticar a la enfermera puta que nos estaba quitando el amor del viejo, a esa bruja que nos dejó sin vajilla, visto que, como el abuelo contaba entre gritos y carcajadas mientras dormía, ella para divertirlo se tragaba los platos, las tazas y hasta los cuchillos con su órgano genital asombroso. Nadie la soportaba ya, a pesar de que cuando estaba el abuelo

presente, la trataban como “esa enfermera que nos salvó al viejo” o “gracias por tu labor tan humana”.

Las cosas se complicaron tres navidades más tarde cuando mi madre entró vestida de San Nicolás por la ventana de mi cuarto para darme la sorpresa de mi último regalo, visto que ya tenía dieciséis años, y me encontró con la camisa sudada y las piernas desnudas, tratando de satisfacer sexualmente a una enfermera para viejos. A la mañana siguiente la encontré blasfemando y diciendo entre dientes que esa maldita no solo nos quita el amor del viejo, sino también abusa del muchacho. La realidad era otra. Era más simple y más lógica. Para la enfermera no fue difícil entender que los maullidos que escuchaba en las noches calladas del otoño, no eran de la gata siamesa en celo de la tía loca, sino simplemente de un adolescente espion cuyas masturbaciones eran ya una profesión de insomne. En esa Navidad ella no hizo otra cosa que concederme el regalo con el que más soñaba. Entró silenciosa por la ventana, por la que más tarde entraría mi madre vestida de rojo y blanco. Entró con una dormilona de imitación de seda a pesar del invierno. Entró sin hacer ruido, y me señaló con la punta de su dedo índice cortando sus labios verticalmente, que respetara el silencio del sexo escondido que el abuelo había construido durante esos tres años. Me tocó y me sintió erecto pero paralizado. Me descubrió lentamente como quien camina en la oscuridad y con un susurro que era casi viento me dijo: “saliste a tu abuelo”.

Años más tarde entendería esa frase viendo el cuerpo de mi primer hijo. Ella se abalanzó sobre mi cuerpo y fue como un lodo que me recorría o como un barro espeso o como todo eso que el abuelo imaginó desde el cuarto de abajo. Todo lo que hacía no era más que una división de pequeños instantes que iba rellenando de placeres cortos. Exploraba al máximo las potencialidades de cada parte de mi cuerpo. Sentía mi cuerpo sectorizado por sensaciones únicas y diferentes entre sí. Ella era un bisturí de placeres. Toda la noche fue de movimientos de barro lento y maullidos sordos. Nadie durmió durante esa Navidad: yo estaba en el paraíso de una arena movediza mulata; el abuelo en el purgatorio de quien escucha respiraciones,

sonidos y humedad de dos cuerpos jóvenes que no se cansan; ella en el infierno de un amor que la esclavizaba para siempre; y toda la familia, insomne, con los oídos pegados a la puerta del cuarto del exniño de la casa.

El abuelo amaneció muerto y con un sobre entre las manos. Era el sobre que la familia con tanta tolerancia y silencio esperaba. Se trataba del testamento que comenzó a escribir a partir de aquel fuerte infarto, que se remonta a los días en que tuvieron que traer a una enfermera a la cual él siempre se había negado, pero que después aceptaría con tanta devoción. Esa enfermera de corporatura frágil y frente corta que hizo vivir al abuelo más de lo esperado, haciéndolo también reflexionar en relación a ese sobre más de lo debido.

El sobre debía ser abierto solo en presencia del abogado de la familia. Se hizo el mismo veinticinco de diciembre en medio de un ritual de tal índole, que casi hizo olvidar la muerte del viejo. El abogado en un silencio fúnebre abrió el sobre y extrajo la única hoja que se encontraba en su interior. Estaba escrita en letras gigantes e infantiles, que todos podían percibir de igual modo desde las diferentes posiciones en las cuales se encontraban, alrededor de la gran mesa de caoba. Tal vez fue por ese motivo que el abogado en vez de leerla en voz alta, como estaba previsto, la colocó simplemente sobre la mesa.

La familia en un alboroto de bestias salvajes se abarrotó entre empujones para ver con más precisión al o a los herederos, y lo único que pudieron leer fue esta frase:

“ESTA HOJITA ME SALVÓ LA VIDA. GRACIAS HOJITA”.

SEBASTIÁN MARTÍ ELÉCTRICO

A Reinaldo Arenas

Esas gotas continuaban cayendo intencionalmente. Era imposible continuar soportándolas. Había pasado un largo rato, quizás, y el ambiente era el mismo en ese baño blanco y brillante. Con cada gota que caía el agua de la bañera temblaba y se diluía enteramente en su propio temblor. Todavía unas cuantas gotas y, ahora sí, todo habría terminado. El cuerpo de Sebastián Martí estaba arrugado de tanto esperar en esa bañera. Algunos espermatozoides flotaban, todavía flotaban. Otros se sumergían o se diluían tristemente en esa agua que una vez estuvo caliente. Dentro de poco todo habría terminado. El temblor de todo lo que se encontraba ahí adentro era en realidad un sonido lineal, neutro, que se confundía en instantes con la conciencia de Sebastián Martí, en instantes con sus emociones. Faltaba poco. Ese sonido provenía de la nevera, la cocina eléctrica, el radio, el microondas, las lámparas de la casa, la plancha, todo eso, todo lo que estaba prendido ahí adentro, en la soledad de esa bañera. En ese momento, no sé por qué motivo, pensé que su tristeza era eléctrica como el sonido de todo eso prendido, caliente, frío, tembloroso. Tomó el penúltimo trago de ese whisky que se le volvía rancio en la boca y se le desaparecía en la garganta dejando solo el temblor de un vaso que, a su lado, escondía mágicamente el último trago, ese último trago con el que todo terminaría.

Algunas gotas, ideas, algunos recuerdos y otros espermatozoides flotantes, otros temblores, algo de frío y calor. Pasó algo en ese instante, pasó todo eso en ese momento. Ya estaba listo. Tantos años de retraso y por fin estaba listo. Tantos años de perseverancia, tanto cianuro bebido y orinado, tantas sogas viejas que se rompían traicionándolo en el último momento, tantas pastillas que solo lo drogaban dejándolo con su tristeza eufórica, carnavalesca, triste. Ahora sí, ahora puntual habría llegado, puntual. Entonces silencio y el último trago de whisky. Entonces esa nevera, su cocina eléctrica, el radio,

el microondas, las lámparas, plancha, todo ahí, ahora sí, dentro de esa bañera, todo eso ahí, prendido, frío, caliente, todo tembloroso para siempre jamás. La luz que tiembla, que tiritita, que se prende y se apaga en destellos eternos, alucinantes y, por fin, todo es eléctrico, tranquilo, todo un cortocircuito, y Sebastián Martí, que reposa ahí, apagado, prendido, apagado, prendido, oscuro, silencioso.

DESCUBRIMIENTO

Se despertó. Tenía un aliento frío y pesado. Revisó entre sus olores para separar sus sueños de sus realidades. Sí, eso no había sido un sueño. También la noche anterior había sido demoledora, sexual, deletérea. Los pedazos de fluidos y hormonas y la libido fresca de su cuello daban la muestra: otra *ella* había estado ahí. Todas las noches el mismo juego asombroso y escurridizo. Siempre la misma historia de circo viejo. Noche de armonías corporales, de llantos, de alquímicos delirios sensuales. Mañanas de ausencias, recuerdos, partidas. Todas *ellas* escapaban sin más a la llegada del alba. ¿Por qué? Era una pregunta impertinente. El porqué tal vez esa persona lo sabía. Pero es que la mala fe te jode. A su lado, la cama estaba olorosa y vacía. El olor de la última de las pasantes era seco, flexible, inhumano. Era algo así como el olor de flores secas y angelitos pecadores. El olor de esa mujer era único, deseado, impermeable. Todos los llantos de esa mañana casi lo ahogaron. Ahí estaba, ese olor, temprano y dogmático. Ahí estaba recordando todo lo que ya no estaba: sus manos, su vagina, el instante de carne que colgaba en su oreja, su saliva, sus suspiros. Todo eso le faltaba. El día pasó súbitamente entre segundos, minutos e instantes aburridos, estúpidos. Llegada la noche, por fin la noche, se encontró en una de las tantas cervecerías de siempre y siempre. Esa de paredes negras y techo rojo, de pintura de aceite cuyos colores lo trastornaban después de la tercera cerveza. Pero qué otro trastorno podía ser más grave que ese de sus noches acompañadas y sus mañanas de despedida. Esa persona estaba buscando algo, estaba buscando algo más. Una historia que no escapara. Algo serio. Un dogma que fundara toda su vida.

Le era difícil comprender cómo el espectáculo caótico de la seducción y el sexo de todas las noches siempre venía interrumpido por el frígido acto de un adiós transparente, discreto. Estaba realmente cansado y, como pasa siempre, no

entendía. En esa cervecería lo estaba esperando otra *ella*. Una *ella* calmada, sencilla, seria. Una *ella* cuya mirada penetrante se intercambió toda la noche con los ojos de esa persona. Una *ella* tan exuberantemente tranquila que las palabras además de estar de más, estaban de menos. Esa persona también reaccionaba a su encanto, como lo hacía el cosmos entero, es decir, la cervecería de paredes negras y techo rojo. Pero esa *ella* era ya de esa persona. No había nada qué hacer: las hormonas, las ganas, la noche habían decidido. Ya llegados al final de la seducción, cuando el lugar ya estaba cerrando, esa mujer salió enana y sin pretextos y esa persona la siguió también sin pretextos, ni esperas. Caminaron juntos por la subida que daba a la calle principal en medio de gotas parisinas. Llegados al bulevar esa persona cruzó a la derecha, mientras *ella* sin sueño y con fiesta cruzó a la izquierda. Esa persona la miró como preguntando y *ella* simplemente lo siguió. Caminaron felices y taciturnos hasta el final del bulevar, cruzaron otra vez a la derecha, fueron derecho, más tarde a la izquierda y, en cuestión de segundos, como sucede a veces, ya estaban en una cama repleta de cosas con ganas de ver eso que hacían. Toda la noche así: inquieta y en medio de un intercambio de desperdicios humanos muy parecido a la palabra despilfarro. Noche tranquila. Noche modelo. Sin canciones, con suspiros. Uno, dos, tres veces. Y todo otra vez desde el inicio. Y todo que se repetía. Fueron ellos, esa persona y *ella*, fueron y solo eso. Descubriéndose sus extremidades secretas y en sus secretos externos. Sin palabras. Con silencios repletos de sorpresas y delfines y miradas desviadas al encanto de la verdad. Todo eso pasó.

La mañana llegó como siempre o casi siempre. Y esa persona advirtió, sintió, intuyó la cama vacía y sin alientos, ni rencores, ni sudores: como pasaba siempre. Entonces revisó entre sus olores para separar sus sueños de sus realidades. Sí, eso no había sido un sueño —pensó—. También la noche anterior había sido demoledora, sexual, deletérea. Los pedazos de fluidos y hormonas y la libido fresca de su cuerpo daban la muestra: otra *ella* había estado ahí. Pero seguramente ya no

estaba. Ya no era. Ya se había sacrificado al encanto insaciable de la memoria. Entreabrió sus ojos para deleitarse de la ausencia modelo de su acompañante, para analizarse en cuanto ser triste, para caerse con todo y alma en el suelo del otra vez “no está”. Pero ella estaba: íntegra, completa, resplandeciente. Iluminando con su cuerpo blanco y desgastado de tantas caricias los instantes eternos de ese cuarto de olor agrio y experiencias eternas. *Ella* estaba y la alegría que esa persona sentía no tenía precedentes. *Ella* estaba y todos los porqués de las mujeres escapadas eran efímeros sinsentidos. *Ella* estaba y solo eso bastaba para calcular toda la felicidad del universo. Entonces fue así como, sonriente y veloz, despertó a todo su cuerpo intacto hasta ese momento de tanta felicidad y lo llevó hasta la cocina. Tenía que prepararle el desayuno a la única mujer que había soportado la llegada inexacta y desoladora de la mañana. Tenía que prepararle un café apoteósico y excelso a esa que, según sus cálculos, sería su futuro, la mujer. Ya en la cocina en medio del humo de huevos fritos y leche mañanera descremada, sintió el silbido inesperado y tembloroso de su máquina de café y, sin querer, levantó su vista. Esa persona se vio reflejada sin más y de forma definitiva en el vidrio de la ventana. Se percibió inexacta, o tal vez demasiado exacta, se gustaba, se tocaba. Sus rasgos eran finos, sutiles, delicados. Inesperadamente quedó sorprendido por un descubrimiento sin precedentes: se descubrió una *ella* idéntica a la mujer de la noche anterior, a esa que acaso nunca durmió en su lecho.

PACIENCIA

Era muy temprano de mañana cuando él llegó a la playa. Se estremeció un poco a causa del frío que todavía resistía a la madrugada. Justo de frente a la playa miró con una insistencia muy tranquila de un lado al otro como quien busca algo. Encontró solo la arena húmeda, brillante y perfectamente lisa de la playa.

Así pues, inició con su trabajo cotidiano. Cavó con sus propias manos hoyos en la orilla de aquella playa. Extrajo arena. Moldeó torres. Dibujó bloques sobre paredes. Construyó cúpulas y cañones de mentira. Cada movimiento que hacía era lento y como premeditado desde siempre. Mientras trabajaba recordaba su vida de casi once años y relativizaba los pasatiempos que le imponían los adultos: las preparaciones para la primera comunión ya no le decían nada, visto que sus zapatos con las suelas rotas se los veían todos cuando se arrodillaba en las escaleras frente al altar; su primera fiesta la vivió como observador desde la esquina de la calle, visto que la única ropa que tenía brillaba de tanto ser lavada y planchada y, además de todo, los nuevos cartones animados de los años cincuenta, que veía en la televisión de su primo el de la esquina, le producían un aburrimiento letal.

En todo eso pensaba sin darse cuenta mientras construía y dividía esa actividad entre el límite indiscifrable del juego y el trabajo infantil. El sol empezó a dar rastros de cansancio y, como siempre, lo hacía con destellos de potencia luminosa. El ocaso estaba llegando y un amarillo deslumbrante que se escondía sin darse cuenta, reflejaba sobre la arena un castillo imponente y enano que se parecía a la edad de once años. Algunas gaviotas llegaron a la playa como quien espera la ausencia de los turistas para conversar un poco y tres perros viejos y callejeros dejaban sus huellas y sus sombras cansadas sobre la playa desierta.

El niño recordó las palabras de su madre y supo que ya era tarde. Entonces con la máxima solemnidad del mundo escribió, como todos los días, su mensaje, quizás dirigido a los

perros o a sus zapatos o a las gaviotas o a su ropa usada o al televisor prestado o quizás al mar o a los turistas o a las palmeras. Lo escribió con un gesto muy parecido a la paciencia, lo escribió y se dio vuelta hasta el otro día, con un pedazo de palma lo escribió:

“POR FAVOR NO ROMPER ESTE CASTILLO”.

MAGIA

Eran las once y treinta y tres minutos de la mañana. Ella estaba toda dormida y toda sentada en el lugar de sus mañanas, el café La station rambuteau. Amaba ese lugar por un motivo casi sociológico: se encontraba en el barrio parisino cuyas noches estaban repletas de homosexuales y artistas extraños y cigarrillos locos, y en las mañanas, no se sabe por qué, circulaban en cambio señoras de compras, señores con perros y periódicos, policías vestidos con un azul muerte y ella, desordenada existencialmente. Ella estaba ahí para fracturar la realidad con sus ojeras de recién muerta y sus vestidos de no se sabe qué.

Eran las once y treinta y cinco minutos. Ella leía sus libros de siempre, los que llevaba en su cartera de saco de papas: *Pueblo, El último romántico, La apuesta de los dioses, La loca Noriega y su hijo sucio vestido de arlequín, Poética, Patagonia express, La virgen de los sicarios, El general no tiene quien le escriba* y un libro tibetano robado en un anticuario de libros en el Sena. Eran esos sus libros y de cierta forma eran también sus conversaciones. A las doce, como todos los días, recordó su infancia. Nacida en medio de una imperfección económica suramericana podía recordar con exactitud los rasgos más perfectos de su niñez. Recordaba todo eso que solo ella sabe. La infancia para ella era una cosa fácil de recordar y olvidar. En todo se requerían cuatro minutos para hacerlo. La cosa difícil en su vida, para recordar y olvidar, era su juventud. Su huida y triunfal juventud. Llevaba ochenta y siete años tratando de sintetizarla. El resultado era un número infinito de pastillas que la mantenían distraída de un universo social que, ya desde hace tiempo, necesitaba y odiaba.

La primera pastilla apareció con un dolor de cabeza cualquiera. Apareció de no se sabe dónde, tal vez fue en una fiesta, para calmar el agonizante resultado de uno de los tantos días que pasó en su universidad. Porque, de hecho, ella se graduó, con los máximos honores. Era la mejor de su clase, por lo cual

el mundo del trabajo no sería un problema. Se graduó en algo serio y usual. Se graduó y se especializó en códigos y libros dogmáticos. Era abogada. Todos dicen que cada línea aprendida de memoria de esos libros era una línea olvidada del libro de su vida, la que viviría. Su manual de cómo vivir la vida se lo comió Dios en una noche de películas y cotufas. El éxito llegó temprano y se encargó de desaparecer lo poco que tenía en su vida. En realidad era difícil decir “no” a todos los “sí” que la vida le daba. Poco tiempo y era rica. Poco tiempo y olvidó a su amor de siempre y, al cabo de poco, ya era simplemente otra. La fortuna le había regalado un “sí” del tamaño del Pompidou y ella lo aprovechó. Su cuerpo era genial. Poseía las mejores piernas de la universidad. De hecho, su viejo amor había llegado a ser su novio solo a través de un duro trabajo de engaño social y necesidad juvenil. La perseguía por todas partes musicalizando versos de Neruda y recitando en un francés inventado párrafos enteros del *Misántropo* de Molière que no tenían nada que ver. Había dicho a todos sus amigos y a los que no, que ya eran novios desde hace tiempo y había vociferado sus celos enfermos y la violencia que lo caracterizaba. Solo de esa manera logró el monopolio de sus piernas. Él era un muchacho, eso era todo. Es inútil continuar describiéndolo, basta decir que es un eterno enamorado de ella, o más bien, de su recuerdo.

Después del éxito ella era rica y famosa, bella e inteligente, llena de gente amada y familiares sonrientes. Ella era un “sí” viviente. Ella ofrecía fiestas, ella bailaba como el Caribe de noche, regalaba por doquier y viajaba allá donde solo los turistas viajan. Con todo su dinero pudo dar libertad a su más sagrado amor: los zapatos. Tal vez era la única cosa que realmente amaba. Pensaba en ellos a menudo, los imaginaba de colores extraños, con y sin tacones, deportivos o formales. Eran el resultado más tangible de su triunfo, la materialización de su felicidad. Era extraño pretender que una persona tan rica relativizara todos sus bienes. Ella los relativizaba. En su vida poco importaban los carros, apartamentos, joyas, eran cosas sin importancia. Solo los zapatos cubrían sus anhelos y necesidades más íntimas. Tal vez este sea el verdadero sentido

de su altruismo material, de sus regalos locos y millonarios, de sus fiestas extravagantes. Su dinero era para ella el alivio de los deseos de los otros, el regalo que daba a la vida, a través de los otros, por ese “sí” no esperado. A ella solo le bastaban sus zapatos. Emociones, nuevos amores, pasiones, intereses, entre otras muchas cosas, eran el día a día de su vida. La mejor manera de describir su vida durante esos años podría resumirse en cualquier capítulo de cualquier telenovela venezolana.

Un día, un martes cualquiera, dos policías llegaron a su apartamento con una extraña expresión que se parecía mucho a la picardía. Uno de ellos se quedó inmóvil en la puerta del ascensor del tercer piso de su edificio, como vigilando. El otro tocó con respeto a la puerta de ella y esperó. Apenas la puerta se abrió, con mirada de esclavo y sin saludar, dijo el policía:

—Doctora, disculpe por la hora y el atrevimiento, pero creo que todo se está descubriendo.

Ella se quedó en silencio. Con ese silencio de quien sabe de qué se habla. Le dio algunos billetes nuevos y brillantes como los ojos del policía que los miraba, babeando desde el ascensor, y groseramente cerró la puerta. Enseguida hizo una llamada temblando. No de miedo, temblando de rabia, como tiemblan los ricos, así prepotentemente.

—¿Qué pasó chico? —dijo como bromeando.

—Doctora, las cosas no me gustan para nada —respondió una voz joven y miedosa.

—Pásame a tu jefe.

Esperó algunos minutos al teléfono, con la misma paciencia con que se espera a la gente importante. En esos minutos dos mil ochocientas ideas vestidas de miedo pasaron por su mente. Su miedo tenía cara de vergüenza, la vergüenza tenía manos y ojos de alteridad. Eran los otros su miedo más grande. El “qué dirán” aullaba en su estómago sin más. Después de un momento, los minutos de espera fueron la mejor respuesta. El juez importante y siempre sonriente no quería hablar con ella. El gesto de ella fue profesional. No esperó la humillante excusa del secretario. Trancó el teléfono y esperó solo aquello que se podía esperar.

Apenas un día después —el tiempo que le dio la vida para tomar sus primeros tranquilizantes y antidepresivos— y ya en la primera página del periódico nacional apareció, como por arte de magia, una noticia en rojo y negro con fondo blanco y letras gigantes. Letras grandes como el primer “no” que le daba la vida. Letras que parecían ser construidas por sus amigos y familiares, por sus regalos lujosos y sus viajes exóticos. Letras grandes como el “qué dirán” que ya no cabía en su inmenso apartamento: “Descubierta extorsión al Banco X por parte de la joven y exitosa abogada X”. El artículo comenzaba así: “Una carrera llena de éxito y una fortuna rápidamente acumulada es el fruto de una menos exitosa mega extorsión a una de las principales instituciones bancarias del país. Sucedió en...” Magia. Después de eso todo fue magia. La vida había desaparecido. Los dos o tres conejos del destino y la perfumada y fascinante *señorita triunfo* era ya una mal vestida, sucia y muda vieja, quizás loca, drogada por pastillas con sabor a nada y vasos de agua turbia.

Magia. La vida, como una maga con traje negro y blanco y todo y sombrero, desapareció cada uno de los indicios de su existencia, su presunta existencia. Esa existencia que por arte de magia era ahora culpable. Condenada a la transparencia *in aeternum*. La magia llegó hasta los rincones más elementales de su existencia. Su apartamento se había desaparecido del edificio y de la urbanización y del planeta en donde una vez existió. El edificio no poseía ahora tercer piso. El ascensor mágicamente pasaba del segundo al cuarto piso. De un día para el otro su agenda telefónica se había transformado en un cuaderno cualquiera de matemáticas, con nombres y números extraños. Solo los lugares que frecuentaba en la ciudad sobrevivieron a la magia del destino. No fue así para la gente que antes existía en esos lugares. En el lugar de ellas solo existían seres extraños muy parecidos a sus antiguas compañías, pero también a robots con miradas eternamente puntadas hacia el suelo y conversaciones de lata. Ellos no la podían escuchar, quizás la magia los había vuelto sordos, o a ella muda.

Un día, un martes cualquiera, bastó para hacer del mundo el lugar de la nada y de ella una personificación bastante bien hecha de un ser, simplemente eso. La cárcel tal vez era el lugar más placentero para vivir la magia de su existencia. Solo el tiempo, dilatado y humanamente existente, podía suspender esa vida minúscula y transparente hasta la muerte. Pero la cárcel no es lugar para la sutil inteligencia del extorsionador. Ahí se pudrirían sin más sus ideas y cálculos y sobre todo las novelas policíacas que hacen estos de sus vidas. La mente del extorsionador sabe de divinidad. Entonces huyó a París. Ahí encubaría su nada, en medio de un silencio parecido a la palabra “nadie” y de una pobreza obligada. Se había prometido ser transparente hasta el final de sus días. Así fue, transparente y coherente, pobre y muda. *Nada* hasta el final. Magia hasta el final.

Seis días antes de su segunda muerte, a los ochenta y siete años, dio su revancha a la vida. Fue a varios almacenes de la ciudad y compró siete pares de zapatos, con un dinero que, como por arte de magia, de la nada obtuvo. Zapatos de todos los colores del mundo, que no recordaba más, caros, brillantes, hermosos, zapatos fantásticos, diabólicos, mágicos, creíbles, divinos, humanos. Y cada día, coherente a su propósito, se ponía un par en sus pies arrugados, con una lentitud de ritual religioso y se acostaba ya cansada a esperar el día siguiente. Al sexto día murió, sin estrenar el último par. Son rojos y reposan ahí donde los dejó, mágicos e inamovibles como una cosa, como quien se los deja con odio a la vida.

FANTASMAS

Caminaba sin rumbo desde hacía varios días por esa ciudad alucinante y fría. Realmente no sabía a dónde estaba yendo, ni por qué caminaba con ese ritmo lento pero frenético. Más o menos por el día séptimo de mi recorrido, cuando ya toda la semana había recommenzado robóticamente, supe que estaba escapando de mi linda y cálida casa. En ella había vivido más o menos toda la vida. Había sido tanto tiempo que me costaba un mundo salir de sus olores y sus sabores. Además, no puedo negarlo, esa casa para mí era una tranquilidad lenta. Salí de ella un martes cualquiera y todavía no había regresado. Sabía que ella me estaba esperando, asomada en la ventana, con su color blanco y su olor a manzana.

Ella pasaba tantas horas, cada día, parada de frente a la ventana, esperando mi llegada. Las otras horas las administraba de una forma extraña pero seguramente placentera: hacía relaciones sexuales con, cómo puedo decirlo, con la raza humana, hombres de todos los colores, los sabores, hombres altos, gordos, tristes, locos, con todos. Ella era rebelde, impredecible, me maltrataba tanto como me amaba, me ofendía tanto como me entendía. Sus secretos eran los míos. Tal vez ese era el problema. Nos habíamos prometido una relación franca, entera, libre.

Los domingos, los martes y los jueves, mientras regresaba del trabajo, sabía lo que me encontraría apenas abriera la puerta. Siempre era así. Un montón de hombres tirados por aquí y por allá, en forma desproporcionada pero natural, hombres que tenían sexo con ella, pero también entre ellos y en ocasiones con otras mujeres. Era una imagen tan alucinante que al final era normal, de una normalidad imprecisa. Era un espectáculo tan irreal que me tocaba como la realidad tal vez más mía que jamás he presenciado.

Lo extraño de todo eso era que mientras caminaba por entre las alfombras, los muebles, los pasillos de la casa, hacía

todo lo posible por pasar sobre sus cuerpos, por hurtar contra esos hombres, para hacerlos escapar, avergonzar, qué se yo. Pero nada de eso parecía funcionar. Mi cuerpo no llegaba siquiera a tocar sus cuerpos, eran tan reales como transparentes. Apenas estaba por tocarlos, desaparecían, o mejor, se volvían intocables, se volvían solo luz, pero sus imágenes se quedaban ahí, intactas. Los podía observar por horas mientras sudaban, eyaculaban, gritaban; los podía detallar, oler. Pero apenas quería tocarlos, golpearlos, echarlos de mi hogar, de nuevo no existían en la realidad. Claro está que ella, ella sí existía, ella sí que existía, íntegra, completa. Los movimientos que le veía hacer con esos hombres eran reales, como reales eran las caricias que ella recibía, sus gritos eróticos, su vagina húmeda.

Yo no podía regresar a esa casa. Era tan mía esa casa, con esa mujer, con todo eso que fue mío, que no podía. No, no podía. Mientras tanto seguía caminando, caminando, tomando metros, observando, escuchando, como si fuese realmente eso lo que quería hacer, como si fuese eso. Entonces supe que tenía que regresar a esa casa, esa, que no era mi casa, que ya no era más mi casa, esa que nunca fue mi casa. Regresaba, tenía que regresar. Y regresé. Pero sabía que solo podía regresar en cuanto amante, que yo, el hombre de la casa, no podía regresar en cuanto marido, que no podía porque simplemente hubiera seguido viendo a mi mujer ahí, toda la jornada sintiendo las eyaculaciones calientes de sus amantes, calculando la piel tersa de sus vergas, palpando la claridad exacta y emocionantemente aburrida del sexo. No, ahora yo sería uno de sus amantes.

Sabía, por fin sabía que tenía que regresar como uno de sus cálidos, exagerados, invaluable amantes. Entonces lo hice y, claro está, pasé desapercibido entre tanto hombre, entre tanta perfección; sí, lo hice, por fin lo hice, en un momento, un único momento, llegué ahí y abrí esa puerta roja, del color del sexo de mi mujer, de su pasión, su deseo, su estrechez. Y nadie supo, jamás, nunca. Por siempre fui y seguí siendo en esa casa uno de sus amantes inéditos, sospechosos, hambriento del cuerpo de mi mujer. Por siempre me volví de la transparencia del deseo de ella y, por fin, como la primera vez, la hice mía en

cuerpo, en alma, en desesperación, en gritos, aruños, en suelos, en frío de baldosas que sienten nuestros cuerpos enojados, sudados, rabiosos, sexuales, sexuales, mil veces sexuales, la hice por fin mía. Ella era mía en esos momentos, absolutamente mía solo porque era yo uno de sus cuerpos atentos, pacientes, sexualmente pacientes, y porque ella para mí era la encarnación de la nada, del silencio, de la sordera, del grito, la onomatopeya y no la palabra.

Mi mujer era por fin mía, me pertenecía por instantes, pero por fin enteramente mía, en la oscuridad de sus pasadizos secretos, esos que solo ella conoce, esos que calla, que no se dicen, que se guardan y se recuerdan para gozar dos veces de la locura sexual; sí, ella gozaba dos veces, en el acto y en el recuerdo del acto, o mejor tres veces, en el acto, el deseo del acto y la conciencia de la traición. Sí, la conciencia de la traición es el ápice de la sensualidad del deseo, es el orgasmo. Y de esta manera por siempre jamás pude poseer y poseo a mi mujer.

Después, la mañana no importa, la mañana no es real, es casual, es obligación, es la pesadilla de sus sueños, los verdaderos, esos en los cuales yo soy un amante y ella una traicionera cuya traición jamás será palabra. Las mañanas, las mañanas no importan, en las mañanas lo único que existe es lo irreal, lo que ni ella ni yo queremos. En la mañana lo único que existe es:

—Buenos días, ¿cómo dormiste?

—Bien.

—¿Soñaste?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

GUÍA ROMÁNTICA DE LOS ÓRGANOS DE TUBO EN EL MUNDO

Desde hace años debí describir todos esos años, me faltó coraje, lo sé. El problema es que estaba vivo, demasiado vivo diría. Debía decidirme y no lo hice. Pasaba de aquí para allá, de una teoría a otra. Mil religiones, sesenta santos y algunos Gurú y yo, yo, que no creía ni en mí mismo. Yo, como siempre, solo, con todas mis creencias y todos mis ateísmos. Pero todos esos años de vida ahí y en todos esos lugares me sirvieron.

Tengo que reconocer que mi trabajo más que acercarme a Dios, me alejó. Es que, todos los días en esas iglesias, era realmente difícil. No sé conservar la fe. El órgano al principio me sirvió de mucho. Tenía muchos tubos y me fascinaba su brillantez.

Todo empezó a mis siete años, en esa iglesia, ese domingo de ramos. Entré y, como desde adentro, en forma de temblor macizo, pesado, obeso, un sonido que parecía como fabricado por un elefante divino me enseñó que además de Dios, también existían los órganos de tubo en las iglesias.

Qué dicha, qué responsabilidad, qué martirio: buscar a Dios y a los órganos por todas las iglesias del mundo. Esa fue mi meta desde ese momento: viajar, conocer, explorar, descubrir eso que se esconde detrás de todos los sonidos y cantos y voces y misterios y oraciones y canciones y aleluyas y deseos y tubos, sobre todo eso, tubos. Esos contenedores de la divinidad, extraños, como extraño fue cuando me dije por primera vez que tenía que partir.

Fue difícil, casi no recuerdo, tenía que encontrar un lugar virgen para empezar mi todavía virgen búsqueda. Hasta que por fin encontré un lugar. Irlanda. Ahí encontré mi segundo órgano. Era pequeño, de color verde claro y un poco alto. Sus tubos se encontraban frente a mí formando una pirámide. Sus sonidos eran agudos y secos, casi no tenía volumen y solo tenía un piso de teclas. Fue en el primero de esos pisos que hallé mis dos primeras cartas, cerradas, en sobres blancos, intactos, limpios y con dos nombres: Dios en una, el diablo en otra.

Nunca las abrí por miedo. Las tomé súbitamente como quien toma algo que es suyo, pero después las dejé convertidas en un secreto. Viajé, busqué, exploré y llegué a mi segundo objetivo. Un gran órgano francés que se encuentra en una parroquia al oriente de Colombia, cerca de Riohacha. Se dice que nunca funcionó y que ese bicho, como lo llama la gente del lugar, solo emite sonidos cuando va a pasar algo malo en el pueblo. Es un ruido que se parece más a los gritos de una vieja que a la música. Las cartas que encontré en ese viejo y polvoriento órgano tenían también los mismos nombres y, por lo que pude ver, me esperaban desde hace tiempo porque, a pesar de que estaban llenas de polvo y a la vista de todos, nadie nunca las había tocado. Recuerdo todavía cuando —al salir de esa iglesia— todo el pueblo me miraba persignándose y rezando rosarios cuyos murmullos le daban al ambiente un aire de entierro. Tal vez fueron esas las dos cartas que tuvieron más cerca de terminar en la basura, visto que el miedo que les tenía era mucho más fuerte que el respeto y la curiosidad por esos dos ilustres remitentes.

Un día, cuando creí que ya estaba preparado, decidí tomar el tren más largo del cual había oído hablar y desde Moscú llegué a Pekín. Fueron varios meses de frenético viaje. Era un viaje infinito y a la vez lento. Durante gran parte del trayecto conservé la misma actitud y la misma posición: sentado en un asiento con mi frente pegada a la ventana. Sentí durante todo ese tiempo una vibración que me permitió ver todos esos paisajes blancos y secos con un temblor que podría tildar de existencial. De cierto modo, era como estar borracho sin haber gastado dinero en vino. Muchas veces, durante esa alucinación en la cual se me había transformado el viaje, tuve la tentación de tomar vodka con algunos de los mineros que se tragan todos esos días de trabajo y nieve derretida en sus pies con ese líquido incoloro. Ellos eran felices pero ni lo sabían. Sus días se pasaban uno a uno, como deslizándose por el material liso del cual están hechas aquellas existencias que solo trabajan. Ellos eran felices y yo muchas veces traté de decírselo a través de mis mímicas internacionales. Estaba destinado a

no dormir durante todo ese viaje, a permanecer desmayado pero con los ojos abiertos y el cerebro jugando con el alma a sentir, con la cabeza temblándome y las angustias apagadas hasta nuevo aviso. Más de una vez sentí la oscura necesidad de bajar y entrar en una de esas tantas iglesias cubiertas de nieve sin cruces visibles. Quizá en una de esas tantas iglesias, demostraciones de la existencia del hombre en ese marco gris y sombrío, encontraría uno de los órganos de tubo que me esperaban en todo el mundo. Me pregunté si esas cartas nunca leídas por ninguno, un poco aburridas y con un color húmedo de tanta espera, estaban ahí aguardándome. “No”, me dije muchas veces, despertándome de mi letargo. Ese “no” con apariencia de despertador de la vida me hacía, de vez en cuando, creer que todavía poseía la voluntad, y que entonces todo eso no era el fruto de una malacrianza del destino que me llevaba de rincón en rincón buscando órganos y cartas. En uno de esos tantos “no” la descubrí sentada justo de frente. Era blanca, quizás más blanca que la nieve en los techos de las iglesias, sus ojos eran verde Rusia y con un aire de calor humano. Era seguramente una persona de la zona. Pensé durante diez largos minutos las cosas que le preguntaría, cómo me acercaría a sus labios y cuántos hijos tendría, visto que le calculaba más o menos cuarenta y cinco años. Me imaginé nuestra conversación de tantos modos posibles que, tal vez, fue el tercero el que más me gustó. Por ello, ya decidido, le pregunté:

—¿Dios existe?

En ese momento uno de los tantos contrabandistas excomunistas me dio algunas palmaditas bruscas en la cara y, con un gesto un poco vulgar, me hizo entender su pregunta:

—¿De qué coño te ríes?

Ese contrabandista me despertó sin más del sueño con esa mujer de ojos verdes y piel transparente. Yo hice como si no fuera nada y traté de cerrar de nuevo los ojos para sumergirme en el sexo que dentro de poco sería mi sueño. Sentí entonces una bofetada fuerte y algunas palabras gritadas en un extraño dialecto y, ya sin sueño, sin ella, sin mí, me vi dándole algunos dólares al tipo a cambio de un poco de maldita tranquilidad.

Pensé que al menos el precio era bajo. La última estación y, justo al lado de ella, la iglesia y, en todo ese ambiente, yo, encarnando un poco la excepción un poco la decepción, visto que la iglesia, contrariamente a lo que yo había imaginado, era diminuta.

Dentro de ella vi un espectáculo que acaso era Dios. O al menos vi eso que siempre había imaginado que era Dios: un órgano gigante, luminoso, brillante, con tubos perfectos, metálicos y de un volumen tal que parecía no escucharse, tubos que te hacían creer que eres ellos, que estás adentro, que eres tú. Los límites del órgano terminaban justo donde terminaban las paredes de esa pequeña capilla, ella era en realidad la caja del órgano, no había ni siquiera lugar para una vela, era un órgano encarnado en una iglesia. Ahí estaban las dos cartas. Esas dos cartas que ahora son mías. En letras bien gruesas y escritas con una pluma, se podía leer el remitente de cada una: DIOS, DIABLO.

Ya lejos del frío y de las incontables noches y días de oscuridad decidí emprender un viaje que siempre deseé: Nápoles. Estaba seguro de que ahí encontraría muchos órganos y de diferentes medidas. Era mayo y había sol radiante. Los barcos se perdían en el golfo de Nápoles con un movimiento lento que dejaba el aire limpio y tranquilo. Imponente al horizonte aparecía el Vesubio, ese viejo volcán más romano que humano.

Un organista ya muerto me habló de un viejo órgano de los jesuitas que desde hacía ya tiempo estaba rondando por todo el sur de Italia. Su primera morada fue Sicilia. Pero después de una ola de lepra que fue atribuida a un castigo divino, visto las riquezas interminables que los jesuitas habían acumulado en ese lugar que era algo así como el depósito de donaciones de toda la baja Italia, ese viejo órgano fue trasladado a una de las tantas pequeñas islas del golfo de Nápoles, de ahí a Cerdeña y después, ya al seguro, a la iglesia de “Nuestra Señora de la Asunción” en el barrio *Spaccanapoli*. Este último era de hecho considerado como uno de los más viejos y napolitanos barrios de la ciudad. Había sobrevivido al asedio de los estadounidenses que, después de haberse autonombrado salvadores de Europa occidental en la Segunda Guerra Mundial, botaron a los

alemanes de las casas de las cuales estos habían ya botado a los napolitanos, para entrar como propietarios legítimos, como pasó con las más bellas propiedades romanas, florentinas y venecianas. Pero *Spaccanapoli* había resistido a este robo colectivo. Fue gracias a un sacerdote joven, Don Carlo Huber, más sacerdote que creyente, que ese órgano llegó ahí. Los jesuitas necesitaban un lugar realmente seguro en el cual conservar tan preciada reliquia y qué mejor lugar que un barrio herméticamente cerrado por la terrible situación social. A ninguno de sus habitantes se le hubiera venido en mente la idea de robar un objeto tan inservible como ese. Fue así que lo transportaron ahí con su organista, el cual lo siguió por años hasta ganarse el puesto de organista permanente. El órgano era tan grande que una persona entraba acostada entre el ingreso y las teclas. El organista, el señor Pizzarelli, murió ahí adentro durante un día de vientos lacustres y, solo diez años después, cuando entró la primera persona además del difunto, que fui yo, encontraron su cuerpo olvidado y todavía fresco. Recuerdo que al inicio pensé que estaba durmiendo, por ello salté con cuidado sobre su cuerpo para tomar las dos cartas y, visto que todo el ruido por mí hecho no lo despertaba, opté por preguntarle si Dios existía. Todavía estoy esperando su respuesta.

El caso del muerto fresco fue famoso en esa demencia que es Nápoles y, como yo detesto las noticias y a los periodistas, me fui silencioso sin escuchar ese precioso órgano, pero con mis dos cartas, una en cada bolsillo.

Ya poseo exactamente ciento treinta y cuatro cartas, mitad del diablo y mitad de Dios, y ochenta y tres años y casi un libro terminado con el título “Guía romántica de los órganos de tubo en el mundo” y —sinceramente— no sé si estas serán las páginas de su final. Sobre todo por lo que ahora les voy a contar.

Ya cansado de caminar el cuerpo me traicionó y, pensándolo bien, estoy de acuerdo con él. Fue justo que, después de tantas traiciones, él me traicionaría al menos una vez. El médico me detectó un cáncer, como quien encuentra un lápiz perdido y me comunicó, como se comunica que estamos en crisis nacional, que dentro de poco iría al *más allá*: “tienes que

dejar de viajar porque...” Eso fue lo que me dijo ese científico de mierda, como si yo no lo supiera. Lo cierto es que, en total desobediencia de la ciencia médica, emprendí mi último viaje.

Fui a París en barco, durante tres meses. Allí encontraría a mi último amigo, el más deseado: el órgano de Notre Dame de París. Ese órgano no es el más grande del mundo, ni siquiera el más grande de París, pero era mi último órgano. Su uso es cotidiano: todos los domingos se toca en la misa y los miércoles en la noche se utiliza para conciertos, sin contar las grabaciones para las cuales lo usan y las prácticas cotidianas de Michel Morriere, su organista permanente. Todo esto me hizo pensar que nunca, si todo continuaba a ser norma en este mundo hecho de malabarismos de lo metafísico, habría de encontrar ahí cartas. Seguramente alguno, de todos esos organistas asiduos, las había ya tomado, quitándome la responsabilidad de las dos últimas cartas de mi vida. Así no fue. Después de un permiso especial, rogado a través del lenguaje burocrático de los franceses, vi lo que esperaba ver: dos cartas y un órgano mágico. Las tomé mientras observaba con miedo la claridad de sus tubos y la mezcla exacta de hierro, plomo y pedazos de maderas que hacen del sonido de aquel órgano la prueba más evidente de que ese es el objeto más divino que ha creado el hombre. En ese momento comenzó Michel a tocar y yo a conocer, a través de ese sonido, el lenguaje de la muerte. Intuí en sus notas un poco psicodélicas, un poco virginales, el código secreto de lo inefable. Lo entendí todo demasiado rápido y una sensación de vértigo se apoderó de mí, llevándome automáticamente al aeropuerto, y de ahí a casa, en el primer vuelo que encontré.

Ya en mi casa, en conocimiento de lo desconocido, creí no haber entendido nada, no obstante estaba convencido de que todo era claro, que esa pregunta que me hacía todos los días, “¿Dios existe?”, ya había sembrado, ella misma, la respuesta en mi vida casi muerta. Abrí todas las cartas. Las ciento treinta y cuatro cartas, las abrí, una por una. En todas encontré una cita: el mismo día, la misma hora y en la misma iglesia. El día de hoy 1 de abril de 2001. Las cartas de Dios me daban como cita las diez de la noche. Las cartas del diablo, las diez y cinco

de la noche . Las dos últimas cartas las abrí solo después de media hora de reflexión y me di cuenta de que fue una equivocación, porque encontré en ellas materializada la intuición que el órgano de Notre Dame de París me había ya donado. Las tuve ahí delante por algunos minutos. Justo de frente a mis ojos húmedos, acariciándolas con mis dedos temblorosos. Las abrí, de pronto. La carta de Dios me daba la misma hora que todas sus cartas anteriores. Pero me enviaba a una posdata al final de la página: “P.D.: Leer inmediatamente la carta del diablo. Dios”.

Así fue, seguí su orden y, todavía con más incertidumbre, abrí la otra carta. Solo decía: “Llegaré 5 minutos antes.” Y en la postdata maldita de esa carta estaba escrito: “P.D: ¡Bienvenido!”

Evidentemente, después de haber leído tres veces estas líneas ya sé que no harán parte del final de “Guía romántica de los órganos de tubo en el mundo”.

AMOR

En el planeta del séptimo cielo, capital andrónica sesenta y cuatro, incrustado entre el precipicio rojo de la galaxia ártica y los ríos pedregosos del quinto piso de la Antártida Sur, se encuentra aquella montaña. Está habitada desde hace siglos por animales perfectos que nunca sufrieron el degradante destino del viejo Darwin. Esos animales fueron y serán siempre eso que son, un poco como Dios. De hecho, fue él mismo, en un ataque de bondad, quien los puso ahí, a imagen y semejanza de uno de los poemas que más le gustaron en su niñez divina, en el año jdhiu-wji.

En ese lugar que se encuentra perdido en el más encontrado de los lugares, los sueños de los siete años: las gallinas son gallinas, los gatos son gatos, las iguanas son iguanas, los conejos son conejos. Todo está destinado a ser como es y nada, absolutamente nada, ha cambiado nunca ese capricho divino. Ahí nacieron tantas historias de amor, amistad, atracción intelectual, entre otros muchos sentimientos que serían imposibles describir en estas líneas.

Mis siete años fueron ricos en anécdotas inexistentes que se me resucitaban cuando cerraba los ojos. De todas esas fantásticas artimañas de mi niñez todavía recuerdo una. La recuerdo casi todos los días antes de mi metro cotidiano para ir al trabajo. Fue una historia de amor más bien rara. Eran una gallina y un conejo. Los dos habían aparecido en ese lugar a comienzos del siglo cuarto después de Cristo. Eran más o menos de la misma edad y con los mismos intereses por los libros de Platón. Los dos pensaban ser los únicos verdaderos depositarios de las verdades del *Mito de la caverna*. El amor entre ellos nació un día en el que los dos, cada uno por su parte, reflexionaban sobre el modo en el cual le dirían al mundo que eso que veían era solo sombras, que todos vivíamos en una caverna y que el mundo, el verdadero mundo, se encontraba fuera de ahí, que solo a través de la guía de ellos, los animales

de esa montaña verían la realidad y no las sombras mentirosas a la cual todos estaban acostumbrados. En ello pensaban cuando se encontraron justo debajo de un árbol frondoso, excelso, creador de una sombra filosófica que inspiró a cada uno de ellos a decirle al otro las verdades conclusivas de cada uno. Pocos instantes pasaron y ya los dos se habían dicho las mismas verdades a las cuales habían llegado individualmente. Se miraron a los ojos como nunca habían mirado a nadie, visto que los intelectuales prefieren mirar a los libros, y descubrieron la cosquillita del amor revolcándose en sus almas. Cayeron al mismo tiempo muertos de la risa entre los brazos naturales que las gruesas raíces que ese árbol les ofrecía. Fue un período mágico en la vida de la gallina y del conejo. Se veían todos los días en ese lugar de reflexión y pasión. Sus diferencias físicas nunca fueron un problema visto que los unía el mágico lazo de la reflexión, es decir, del espíritu. Entre lecturas y puntiagudos besos que la gallina picoteaba en la boca enana de aquel conejo se pasaban los días sin preocupaciones, ni disculpas. Los dos aprendieron a acariciarse finamente, casi rozándose. La suavidad de los pelos blancos del conejo para la gallina era fuente de deseo e intimidad. En días fríos, el calor que le brindaban al conejo las alas abiertas de la gallina cubriéndolo, y el viento suave que en días calurosos le regalaba con los movimientos de sus plumas, no eran comparables con ninguna de las sensaciones que antes le habían brindado las conejitas del lugar. Se sentían completos, por eso nació el amor. Nació y nadie se dio cuenta, al inicio ni siquiera ellos mismos. Nació y como siempre lo hace el amor, descompuso todo, partió, rompió, botó esa máquina aburrida del cotidiano y derramó las sales y los bálsamos, los perfumes y cipreses, todo en un solo territorio, el de sus almas, para crear el aroma de lo desconocido y lo diferente. De ese aroma se embriagaron por años y días e instantes de todo, hasta que la diferencia de la naturaleza prepotente, ya cansada del olvido al cual la había obligado la utopía, se reveló.

La naturaleza comenzó con su trabajo de separación a través de la sociedad. Todos los miembros de esa sociedad mágica

se dieron cuenta de tan impía relación entre naturalezas diferentes, y entonces llegaron los castigos sociales. Un proceso público dio inicio en la plaza de la Soledad en la cual fueron castigados a caminar durante setecientos treinta años sin pensar, ni leer nada. Más tarde los sacerdote jefes, representando cada especie animal, se reunieron, pidiéndose disculpas entre ellos por tal agravio a las leyes naturales y concluyeron que había que excomulgar al conejo, visto que la gallina no tenía derecho a recibir el sagrado maní de oro de cada miércoles al mediodía. Por último, la sociedad de magnates y poseedores del saber filosófico, en sesión plena, decidieron que todas las cosas que salieran de la boca de aquellas dos criaturas —por más verdaderas que fueran— serían falsas. Y así fue. La heterogénea y desunida sociedad, se unió de manera perfecta y en mayoría para castigar la diferencia. Los dos protagonistas se entregaron en cuerpo y alma a la reflexión teológica del amor. Pasaban todo el día pensando con sus ojos cerrados y escondidos bajo las sombras de su árbol protector, repitiendo el sagrado rito de la conversación con el dios Ataus, el dios de los animales de ese quinto piso de la Antártida Sur. Sabían que sus reflexiones tardarían mucho en llegar a los oídos eternos de Ataus, que pasarían siglos. Pero la eternidad no era un problema comparado con el problema que es siempre el amor.

Después del año 2001, cuando ya casi estaban por rendirse y practicar el rito maldito y perpetuo de las disculpas sociales, cuando ya se habían decidido a descender de nuevo en la caverna de lo cotidiano y de las leyes por no ver sufrir más a sus hermanos menores —los cuales eran torturados como castigo social por aquel amor imperfecto— llegó de la cima de la montaña la voz gloriosa, justa y eternamente sonriente del que los había creado por capricho y cariño. Ellos, consternados por el olor a fresas frescas de Ataus, le pidieron con ojos cerrados y manos en las orejas, como lo prescribía el rito, encontrar una solución al problema insoluble de su amor. Ataus les respondió con educación y sinceridad que solo él podía realizar eso que ellos decidieran, que no podía decidir de sus existencias sin la fuerza de sus voluntades, que pidieran

cada uno eso que querían, y que si lo que pedían no iba contra la salud de él mismo se haría realidad. Les dio entonces cinco minutos de reflexión, a ellos, que estaban acostumbrados a la reflexión cotidiana. Les dijo que, en esos cinco minutos, a través del lenguaje del silencio, ellos podrían comunicar las soluciones, que lo pensarán bien, que podían ser más de una las propuestas, que podían ser individuales, pero que también comunes, que se pusieran de acuerdo si lo deseaban, que hicieran lo que pensaban más correcto y que él esperaría en el silencio y daría su respuesta después del tiempo estipulado.

Cada uno de ellos, nervioso, contento, borracho de amor, pidió a Ataus la cosa que en su corazón asumía que el otro deseaba con más fervor. No se comunicaron entre ellos —aunque Ataus les había dado esa posibilidad—, confiados de que lo mejor era el bien del otro. El dios escuchó sus propuestas individuales a través del lenguaje del silencio: ella pidió con todo el amor del universo, entre lágrimas y sentimientos de martirio, convertirse en una coneja. Él pidió con un sentimiento hondo y sincero, mientras rogaba disculpas espirituales a su madre y a su padre, convertirse en un gallo. El dios vio que sus deseos más sinceros y profundos no se oponían a su existencia divina y que, al fin y al cabo, ellos eran lo que eran a causa de su capricho. Y así, usando otro capricho de amor les dio el don que más querían. Después de cinco minutos la gallina abrió los ojos, todavía llenos de lágrimas, y se vio convertida en una linda coneja y, asustada por la presencia de un gallo que nunca había visto antes, justo ahí, en el lugar del milagro, se preguntó y le preguntó:

—¿Y este gallo qué hace aquí?

ÍNDICE

LA LOCA NORIEGA Y SU HIJO SUCIO VESTIDO DE ARLEQUÍN

PRIMERA PARTE

1	17
2	20
3	25
4	30
5	36
6	41

SEGUNDA PARTE

7	47
8	54
9	57
10	63
11	68
12	75
Epílogo	79

LOS ESPEJOS NO ESCOGEN A QUIÉN MIRAR

Ese objeto extraño que nos persigue	83
Mi querida hojita	88
Sebastián Martí eléctrico	93
Descubrimiento	95
Paciencia	98
Magia	100
Fantasmas	105
Guía romántica de los órganos de tubo en el mundo ..	108
Amor	115

República Bolivariana de Venezuela
Caracas, octubre de 2022

Delante del espectáculo catastrófico de un país cuyo *modus faciendi* es un circular de culpas de mano en mano, delante de un golpe de Estado que, al día de hoy, no tiene verdaderos culpables juzgados, delante del silencio deslumbrante de una mala fe colectiva... el lenguaje histórico, filosófico, sociológico, psicológico, antropológico, etnológico... deja lugar a un lenguaje delirante. El delirio literario surge entonces y, a través de símbolos, se toma la tarea de una descripción de lo real.

Es así como esta narración parte de un lenguaje descriptivo para llegar, irremediabilmente, al delirio. La interpretación de la complejidad de lo ocurrido ese 11 de abril de 2002, de cierto modo, escapa a muchos de los esquemas de descripción y reflexión preestablecidos: el 11 de abril no fue solamente el 11 de abril. Esa fecha es la intersección de un simbolismo político venezolano, por demás complejo, que puede ser descrito solo a partir de categorías irreales, extremas.

Pedro Artiaga, Soledad Noriega y su hijo sucio vestido de arlequín son el paradigma de tal descripción.

ISBN: 978-980-253-816-4

